

Inclínate ante la madera y la piedra

Colección Artes y Humanidades



Carlos Patiño Millán



Universidad
del Valle

Programa  editorial

*Inclínate
ante la madera
y la piedra*

Carlos Patiño Millán



Colección Artes y Humanidades



Universidad
del Valle

Programa  Editorial

*Inclínate
ante la madera
y la piedra*

Carlos Patiño Millán



Colección Artes y Humanidades

Universidad del Valle

Programa Editorial

Título: Inclínate ante la madera y la piedra

Autor: Carlos Patiño Millán

ISBN: 978-958-670-467-0

ISBN-PDF: 978-958-5164-61-1

DOI: 10.25100/peu.535

Colección: Artes y Humanidades - Literatura

Primera Edición Impresa noviembre 2005

Rector de la Universidad del Valle: Édgar Varela Barrios

Vicerrector de Investigaciones: Héctor Cadavid Ramírez

Director del Programa Editorial: Omar J. Díaz Saldaña

© Universidad del Valle

© Carlos Patiño Millán

Diseño de carátula: Germán González Rayrán

Este libro, o parte de él, no puede ser reproducido por ningún medio sin autorización escrita de la Universidad del Valle.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad del Valle, ni genera responsabilidad frente a terceros. El autor es el responsable del respeto a los derechos de autor y del material contenido en la publicación, razón por la cual la Universidad no puede asumir ninguna responsabilidad en caso de omisiones o errores.

Cali, Colombia, diciembre de 2020

CONTENIDO

Presentación	11
Último día de enero: Sonia está muerta, yo estoy en problemas	13
De la condición rockstar y otros males menores	19
Esta es la razón por la cual el habla de los objetos suena brusco en español	25
Velas encendidas para el Pibe	29
El evangelio según Mateo Henao Salazar.....	33
Sheila: me muero; Sheila: dale rewind a esta estúpida película.....	39
A orillas de un río de orines, me senté y lloré.....	43
Dolor, rabia, desesperación, salvación: llamando a Hugo	47
Tranquila vida analítica, el lector conoce el final de la frase antes que el autor	53

La noche en que Walter Benjamin Herrera conoció al emperador romano Flavio Teodosio.....	61
Ella me ruega que escriba dos cuentos misóginos y yo vomito los que siguen	69
En mi urna.....	73
Miseria disuelta en el pensamiento	79
¿Qué es tan divertido acerca de la paz, el amor y el entendimiento?	83
Hypnotic bebop soliloquies	89
Hija habida en un matrimonio anterior	93
Fotografías halladas en el asiento de atrás de un taxi	101
Precaria situación económica: solicito autorización al pasado para vender estos recuerdos	105
Es difícil ser santo en la ciudad.....	111
Así dejé de beber, así comencé a fumar.....	117
Primeros días en La Habana sin Fidel.....	123
Lo que una persona no está en condiciones de llevarse para otros lados	137

No disimular nada ni ocultar nada, escribir sobre las cosas más cercanas a nuestro dolor, a nuestra felicidad; escribir sobre mi torpeza sexual, el sufrimiento de Tántalo, la magnitud de mi desaliento –creo entreverlo en sueños–, mi desesperación. Escribir sobre los necios sufrimientos de la angustia, la renovación de nuestras fuerzas cuando aquellos pasan; escribir sobre la penosa búsqueda del yo, amenazado por un extraño en correos, un rostro apenas entrevisto en la ventanilla de un tren; escribir sobre los continentes y las poblaciones de nuestros sueños, sobre el amor y la muerte, el bien y el mal, el fin del mundo.

John Cheever, *Diarios*

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

A Su Divina Gracia, que soportó estas historias *a palo seco*.

A Armandito, que no.

A las sombras, diurnas y nocturnas, mudas y parlantes, del
Parque del Perro.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

PRESENTACIÓN

POR MI CULPA, POR MI CULPA, POR MI GRANDÍSIMA CULPA

Debo el nombre de este libro a Charles Bukowski. El hombre lo menciona en su diario *El capitán salió a comer y los marineros tomaron el barco*. Allí cuenta cómo se hallaba —en septiembre de 1991— buscando un título para su nuevo poemario. El autor de *Erecciones, eyaculaciones, exhibiciones* pensó en *La Biblia de los desencantados* (“no, no valía”) o *Confesiones de un hombre lo bastante loco como para vivir con bestias* (“lo usé para un pequeño pliego ciclostilado”) y recordó varios de otros escritores: *Memorias del subsuelo* (“gran título”), *El corazón es un cazador solitario* y el que nos ocupa, original de Josephine Lawrence, quien bautizó así un libro suyo en 1938. No dudé un instante en inclinarme ante esa frase y apoderarme de la pequeña joya. Quien escribe leyendo, recordando, plagiando, juzgando, *sampleando* e interpretando, no debe sentirse culpable por apropiarse de *algo más*.

Los relatos que siguen son “literatura”. Los personajes —aún si estos han sido bautizados con nombres “reales”— son ficticios, como ejercicio de ficción es haber mejorado la belleza de mi ciudad natal añadiéndole gente de carne y hueso al paisaje desolado.

C.P.M.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

**ÚLTIMO DÍA DE ENERO: SONIA ESTÁ MUERTA,
YO ESTOY EN PROBLEMAS**

En un parque de Moscú vi una vez a tres borrachines que hervían polvo dentífrico en una lata vieja en una hoguera. Llevaban cinco horas hirviéndolo (bueno, eso dijeron), y al fin sacaron con cucharas el alcohol de la superficie, se lo sorbieron y... comenzaron a vomitar en el acto.

Vitali Vitaliev

Bajísimas temperaturas y mi chaqueta nueva de cuero negro se queda en alguna parte de algún aeropuerto, así que meto las manos en los bolsillos llenos de dólares falsos y aplasto cigarrillo tras cigarrillo en el pavimento.

–Five degrees, *tovarich*, dice la azafata.

–I don't speak russian, sorry...

Una sucesión de calles sucias y vacías me conducen a Sonia: Moscú, mediados de enero y el sol es un recuerdo en mi cuerpo.

—Sonia, soy yo, abra la puerta...

Su pálido rostro es un color completamente borrado de mi memoria. En Colombia, cuando la conocí y amé, ambos tomábamos demasiadas drogas y nos daba igual esto y aquello. Recuerdo haber entrado con ella a un club de Juanchito a escuchar cantar el cadáver de Héctor Lavoe, pero no recuerdo cómo llegamos a casa y menos cómo me tumbé entre sus senos y su ombligo.

—Despierte, Carlos, es tarde. Manolo lo está esperando desde hace rato en la sala...

Ella abre la puerta, está envuelta en una cobija de lana virgen. Superados los formalismos del saludo, me señala un sofá desvenecijado. ¿Se supone que ahí debo acomodar mi humanidad? Sonia, tenga piedad, acabo de atravesar medio mundo para venir a verla. Ella hace caso omiso a mi pedido y se sienta en la alfombra, sus piernas blancas dejan ver venas, arterias, tendones, tejidos, huesos, toda la instalación eléctrica.

—¿Tuvo algún problema con...?

—No.

—Bueno, pues a trabajar...

Mis primeros siete días en Moscú transcurren en un abrir y cerrar de maletas de doble y triple fondo. Sonia me presenta a Iván —previamente recomendado por Manolo—, Iván me presenta a Vladimir, Vladimir a León, León a Josef, Josef a Nikita, Nikita a Leonid, Leonid a Yuri, Yuri a Konstantín, Konstantín a Mijail; todos quieren su mercancía, su pedazo de felicidad.

—Díales que para todos hay, Sonia...

—...

—La comida aquí es horrible...

—Usted ha debido venir antes...

- ¿Era peor?
- El estalinismo era hambre...
- No, en serio...
- Es en serio...
- No me venga con propaganda trasnochada...
- En serio, Carlos, esto era horrible...
- ¿Y también era cierto que los comunistas se comían a los niños de los capitalistas?, pregunté apagando el cigarrillo número veinte del día muy cerca de su mano izquierda.
- Búrlese pero esto era el infierno...
- Sí, el infierno a un grado de convertirse en hielo...

Salimos a las calles de nuevo. Un aviso gigante recuerda a todo aquel que lo quiera saber: “Zgorel ot vodki” (se mató quemándose con vodka), mientras vemos un cuerpo horriblemente desfigurado. Gente grita en un parque. Basura y más basura. Ella me va señalando, uno a uno, apartamentos de tipos que no quieren aflojar el dinero que nos deben a Manolo y a mí: “él es el colombiano, como pueden ver”, dice señalándome y los tipos sacan billetes de todas partes: una muñeca que esconde a una muñeca que esconde a una muñeca, la taza del inodoro, un techo falso, una pata de un equipo de sonido coreano o japonés; tipos que distribuirán, a su vez, los otros dólares que traje: “todos de baja numeración, series distintas, imposibles de seguir, mejores que los que imprime el Tesoro de los Estados Unidos”, a lo que ellos responden moviendo la cabeza de arriba a abajo; tipos que quieren saber cuál es la maravilla colombiana: “directamente del corazón de la selva colombiana al exigente paladar de los rusos, prueben sin compromiso, es caviar blanco”.

El carro se atasca en la nieve, me bajo a empujar, un guardia armado se acerca a ayudar pero yo levanto el puño como diciendo “yo fui bolchevique, camarada, yo apoyé la revolución y me sé de memoria *La Internacional*” y el hombre sigue su curso sin detenerse a ayudar

a esta pareja de colombianos que guarda quince kilos de cocaína pura en los sillones de un Lada 89.

—¿Usted está loco, cómo le pone *conversa* a ese policía?

—...

—En serio, Carlos, no se las dé de gracioso por aquí...

Como en la boca misma del lobo, Sonia y yo damos vueltas y vueltas. Estamos perdidos, quién lo duda, pero no abro mi bocota para no agregar más gasolina a la hoguera. Trato de sintonizar algo en la radio. La apago apenas me topo con sus ojos fijos en los míos. En silencio regresamos al nuevo apartamento. Cada cuatro días tenemos que movernos a “sitios seguros”. Eso lo ha dicho Iván y nosotros seguimos las instrucciones al pie de la letra; yo vine aquí a vender y a cobrar, no a poner en duda la palabra de alguien que mide un metro con noventa y ocho centímetros.

Jueves y viernes, se acaba el mes y todavía faltan cosas por hacer. Sonia y yo ya no nos hablamos: ella se desespera con el humo de mis cigarrillos mentolados, yo me pregunto de qué habla ella con Iván, en ruso, todo el día. Si por lo menos Manolo estuviera aquí. Me asomo a la ventana y veo a unos niños correr detrás de una pelota desinflada. Amas de casa hacen fila al frente de una oficina de empleos. Una estatua de Lenin sirve de puente entre una orilla y otra de un pequeño río congelado. Pienso: *la única revolución en la que creo es en la del dólar; la única lucha de clases que reconozco es la de las distintas clases de cocaína, en el único pueblo que confío es en el consumidor.* Pienso y pienso y sueño y sueño. Me despiertan las ganas de orinar los nueve vodkas con los que he celebrado un mes más de vida. Salgo a la sala, encuentro a la niña dormida.

—Despierte, Sonia, tenemos que irnos...

—...

—Sonia...

—...

Me le acerco y no resisto la tentación de desabotonar su saco y mirar a través de su blusa.

–Sonia, ya deje el *chou* y vámonos...

–...

Empiezo a preocuparme cuando veo el teléfono descolgado. Mierda. Lo tomo y escucho lejanas voces lejanas que, por supuesto, no entiendo. Más mierda. Cuelgo. Cuando voy a ponerlo en la mesa, veo la bolsa de cocaína en la alfombra. Mierda: Sonia se metió todo eso, TODO ESO, puta mierda. Le acerco mi dedo a su nariz, no respira, trato de escuchar su corazón, nada: mierda, mieRDA, ¡MIERDA!

Entonces suena el timbre.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

DE LA CONDICIÓN ROCKSTAR Y OTROS MALES MENORES

Mary, la última novia que tuve, terminó odiándome tanto que se las ingenió para que no la olvidara nunca: como no pudo sacarme un hijo (pues hace tiempos yo no acariciaba su apestoso vientre), me acusó de ser un corruptor de menores y de hacer referencias a la Oscuridad, el Maligno, Satán, el Malévolo, Lucifer, el Verdugo, Satanás, el Ángel Caído, Mefistófeles, el Príncipe de las Tinieblas, Belcebú y el Diablo en las letras de mis canciones. Gracias a sus artimañas, la industria musical me cobró a mí —y de paso a todos los artistas que en el mundo son y han sido— mis audacias literarias; quien quiera hacerse hoy en día a un compact disc de mi banda tiene que leer en la etiqueta del mismo aquello de *PARENTAL ADVISORY: EXPLICIT CONTENT*, términos que levantan las cejas de los padres de mis fanáticos al mismo tiempo que cierran sus billeteras para siempre.

—No te compraré un disco que glorifica al Demonio...

—Pero, daddy...

—No means no and now, shut up...

Total: mi voz siguió tronando igual, los muchachos siguieron metiendo bulla con la intensidad de antes pero las ventas comenzaron a declinar y ya los empresarios exigían, por adelantado, la certificación de que no degollaría gallinas, cabras o serpientes en el escenario ni fingiría mi ahorcamiento encima de un público ávido de emociones fuertes. Mi productora revisó las cifras junto a mi contadora y me hicieron saber —por escrito, en amarillento papel membreteado— que las cosas iban por mal camino y que debía poner mi talento al servicio de las innumerables cuentas por pagar.

—Pero hasta los Maiden tuvieron épocas financieramente difíciles cuando les dio por grabar resbaladizos álbumes conceptuales...

—Sí, Charly, pero tú no eres Bruce Dickinson...

El primer sábado de abril llegué a casa temprano —no estaba de humor para ir a perseguir niñas ricas a Forum— así que alquilé tres películas y me dispuse a dar una vuelta por el universo de mister Kubrick antes de dormir un par de horas. La primera de ellas, *Fear and desire* (1953), su primer largometraje, trata de cuatro soldados caídos tras las líneas enemigas en una guerra indeterminada (yo no quería saber de más agonías; por lo mismo, aceleré la cinta desde el minuto doce hasta los créditos finales esperando encontrar alguna escena que hablara de paz y amor); el segundo film, *Killer's kiss* (1955), resultó ser un melodrama sobre un boxeador y una camarera que termina en una sala repleta de maniqués (esos seres sin alma ni piel ni voz me recordaron mi propia vulnerabilidad, mi exacerbada sensibilidad frente al dolor y la belleza del mundo, mi incapacidad para amar *como es debido*); de la última, *The killing* (1956), no recuerdo casi nada, el sueño pudo más que la iluminación en blanco y negro...

Me despertó una llamada. Ya era domingo; 2 y 54 de la tarde...

—Hey, Charly, los muchachos te están esperando desde hace dos horas en el estudio...

—Lo siento, me quedé dormido...

Las noches de buen descanso son fortificantes, quién lo duda, pero a mí el sueño me dejó lento, pesado, sin ganas de respirar, moverme o cantar. En otras épocas, yo era capaz de transmitir adecuadamente todo el cúmulo de sensaciones que hervía en mi mente: la tarde de ese domingo no fui capaz de pegar una letra con otra; no distinguía entre estar vivo o muerto, mi bajísima frecuencia no se sintonizó —en ningún momento— con el bajo de Frater, la batería de Anton, las guitarras de Bela y de Vincent.

Trepado en la consola de grabación, sin camisa ya y con una botella de *bourbon* en la mano, dirigí mis ojos hacia el cielo y me descubrí sentado en el fondo del mar: frases inarticuladas —extrañas como la desesperación pero entrañables como la desdicha— acudieron a mi mente; un diminuto pez de colores las engulló y luego desapareció en la oscuridad. Hubiera dado cualquier cosa por un rayo de sol que calentara mi vida...

—¿Qué pasa contigo, man?

—I'm sorry, estoy como ido...

El martes siguiente la situación empeoró. Me dio por recordar antiguos amores y por marcar teléfonos en estricto orden alfabético: Ángela María, Beatrice, Catalina, Luz Mery, Mary, Vicky Jade Pasko; todas escucharon mis quejas sin decir nada; sólo Mary se atrevió a gritarme que estaba loco, que tantos decibeles y excesos me estaban conduciendo a la destrucción.

—¿Alguna idea, amor?

—¡Sí! ¡De una vez por todas, abraza la causa de el Señor!

Yo le entendí EL SEÑOR, no el Señor, así que regresé —sin culpas ni remordimientos— a mis días y noches de blasfemo, con mucha más rabia que antes. Hasta mi productora quedó sorprendida cuando grité hasta quedar afónico:

Let bullets rain from everywhereeeeeeeeeee...

No suicide will save you from yourseeeeeelf...

Reposo, silencio, voz. Resistir la llamada telefónica que dice que tu genio no necesita de ángeles custodios. Me repetían: *RCA Records*, álbum en solitario, satisfacción. Los mandé a comer mierda. Volví con los muchachos. Terminamos de grabar hace un mes. Todos coinciden en que *If you want blood you've got it* es nuestro mejor álbum hasta la fecha. Las primeras críticas apuntan a que el estilo se ha depurado (cito de memoria a Oriol Rossell, revista *Rock de Luxe*, página 15, septiembre de 2003: *...luto riguroso en la portada, y en el interior una energía prodigiosa nacida de la tozudez de un grupo que se resiste a dejar su silla sin dar pelea... La banda suena precisa y contundente, y Bela desgrana algunos de sus punteos más viscerales; pero es un Charly Milles pletórico, al borde del paroxismo, quien da la sangre que promete el título. El anonadante segundo tramo, un crescendo que arranca a dentelladas...*). Otro dijo que ya éramos hombres hechos y derechos (cito de nuevo, esta vez literalmente, Adrián de Alfonso, revista *Xiu Xiu*, página 54, octubre de 2003: *...son una banda extrema, de pasado brillante y futuro más que prometedor. A Charly Milles, letrista y compositor de la formación, no le importa airear los detalles de su vida personal —aquí hay nombres reales—, aderezándolos, si es necesario, con apuntes pornográficos o propios de un disminuido emocional. Sospecho que detrás de esta degradación vital existe un humor que...*; en fin, cada cual cuece sus adjetivos como puede.

El hecho es que tan repentina y contundente resurrección me hizo pensar en una cantidad de asuntos: ¿qué explica el éxito de algo sobre otra cosa? ¿cómo debemos entender nuestro resplandor

y el fracaso de otros que grabaron en los mismos estudios, iguales días y noches, bajo idénticas condiciones? Creo que fue un poeta, mister Yeats, quien afirmó que es *preferible agacharse a fregar el suelo de la cocina, o picar piedra como los antiguos pobres, haga el tiempo que haga, pues articular dulces sonidos es un trabajo más duro que todos esos...* Sí: hay algo de cierto en todo eso, pero, ¿en dónde estriba la diferencia?, ¿cuál es la razón para que la bendición haya descendido sobre nuestras coronas?, ¿por qué Stanley Kubrick pasará a la historia como El Director y, en cambio, Kenneth Anger será recordado, si es que es recordado, como El Perfecto Desconocido? ¿quién determinó que a nosotros nos sonriera la fortuna y que otros se quedaran esperando la llamada del triunfo artístico y comercial? Mister Marx fue el primero en entenderlo: cada tecnología genera posibilidades opuestas para la emancipación y para la dominación. Te adaptas o eres hombre muerto. Marx yace dormido en los libros, yo apenas empiezo a gritar.

De repente, deja de caer agua. Un tímido sol se filtra por la persiana maltrecha. Minutos después, el primer rayo de luz alcanza el lugar donde está mi mano. Estiro los dedos, que tiemblan. Poco a poco, el ruido lejano de las máquinas registradoras empieza a acercarse: billetes, monedas, más billetes, más monedas; el sonido del dinero es música satánica para mis oídos. Gracias a Dios.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

ESTA ES LA RAZÓN POR LA CUAL EL HABLA DE LOS OBJETOS SUENA BRUSCO EN ESPAÑOL

Soy un martillo, soy un clavo, soy un madero, soy una colina desierta en donde ahora reinan tres cruces. Soy martillo, clavo, el clavo que remató a Cristo, el rey de los judíos. Soy un martillo ensangrentado. Mujeres y hombres de Judea se pierden, cabizbajos, en la arena.

Soy un ojo, soy testigo de la última visión que John Fitzgerald Kennedy tuvo en vida. Estoy vivo y él, el primer presidente católico en la historia de los Estados Unidos de América, está muerto. He visto quiénes lo han hecho, cómo algunos se han dispersado en las aguas de la noche tejana y cómo otros han abordado el avión presidencial para posar, compungidos, junto a la Primera Dama.

Soy un árbol. Judas Iscariote ata una cuerda a uno de mis brazos, se cuelga de mí, se balancea hasta morir. Soy un árbol maldito. De ahora en adelante seré conocido como La Mecedora del Traidor.

Estoy en una sala de autopsia. Soy el ojo derecho de Alejandra V. El médico me retira, cuidadosamente, del rostro. Me deposita

en un líquido especial. Espera conseguir información en mi retina sobre la persona que asesinó a Alejandra V. Soy un ojo, soy el ojo de una persona que ha sido brutalmente asesinada pero no recuerdo haber visto nada.

Buenos Aires. Soy un bandoneón. Imploro, desde la esquina de un cuarto, ser tocado. Estoy que muero por decir notas tristes.

Un soldado de Roma me lleva en su mano llena de callos hacia una colina coronada por tres cruces. Soy una espada. El soldado me esgrime, desafiante. Tal vez así la multitud deje de abalanzarse sobre uno de los ladrones que, otros soldados, acaban de crucificar. Soy una espada que impone respeto, voy de aquí para allá, gritando en voz alta en nombre del Emperador.

Soy el ojo izquierdo de un hombre que se ha proclamado a sí mismo Salvador y que, por haber desafiado la ley de Roma, está a punto de ser crucificado en una cruz de madera. Hace calor, son las tres de la tarde y hacia donde mire hay hombres y mujeres que lloran. Soy el ojo de un hombre que se ha proclamado a sí mismo La Luz del Mundo y que ahora es rematado por una lanza. En el mismo instante en que me cierro para siempre, otros ojos están viendo un resplandor que yo ya no veré.

Soy un semáforo de Dallas. Mi oficio es controlar el tránsito en la calle *Elm*. Rojo, amarillo, verde. Buses, carros, bicicletas, motos, gente a pie, asesinos, conspiradores, presidentes, gobernadores, primeras damas, detectives, simpatizantes, curiosos. Soy un semáforo. Estoy desconectado de la red principal para que la caravana de John Fitzgerald Kennedy pueda desplazarse rápidamente por el centro de la ciudad. Cuando suenan los primeros disparos no tengo vida ni memoria.

Soy un bandoneón que escribe trazos de melancolía en los oídos de quienes quieran escucharme. Buenos Aires, Argentina. Son casi las tres de la tarde. Viernes santo. Nadie quiere escucharme.

Soy un anillo de oro. Vivo en el dedo anular de la mano derecha de Alejandra V. Cuando a ella le presentan a Norman L., la mano de él me roza tímidamente. Antes y después de cenar, recibo agua y jabón. Cuando se despiden, otra vez la mano de ese hombre me toca. Esta vez permanezco más tiempo entre los dos.

Soy un bandoneón solitario, ya vendrá alguien a tocarme. Soy un ojo que no ha visto nada. Soy un semáforo desconectado, ya alguien me encenderá de nuevo. Soy un ojo que no recuerda. Soy un martillo ensangrentado, ya alguien me lavará. Soy un ojo que no ve sino sombras. Soy una espada desenvainada, ya alguien me regresará a donde pertenezco. Soy un anillo, sé quién mató a Alejandra V.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

VELAS ENCENDIDAS PARA EL PIBE

Nada teme más el hombre que ser tocado por lo desconocido.

Elías Canetti, *Masa y Poder*

En el sueño hay decenas de velas encendidas a lo largo de una autopista. Dioses de religiones africanas y americanas protegen a los hombres que saltamos a la cancha vestidos de amarillo, azul y rojo pero a duras penas nos damos cuenta de que ya ha sonado el pitazo inicial, apenas nos percatamos de la existencia del balón. Los hombres de Rumania lo llevan de aquí para allá y nosotros corremos detrás de ellos sin saber qué hacer. Estamos fuera de control, hemos olvidado las indicaciones del técnico y lo único que queremos ahora es que esta pesadilla termine de una vez. La tierra se mueve lentamente, el reloj se detiene, los noventa minutos se convierten en una eternidad. Nuestro estilo de juego es excepcional, eso escribieron los diarios pero lo que mostramos en este primer partido es para olvidar. La fantasía ha quedado atrás, la promesa no se ha cumplido. Alguien apaga, una a una, las velas y nos maldice.

Una mañana sorprendo a mi madre y a mi padre haciendo el amor. Aunque ya no soy un niño, mi madre me trata como a uno. Me toma de la mano y sentándome en sus piernas me dice que Dios creó el cielo y la tierra y puso en el Paraíso a hombres y mujeres que, ingratos, dejaron de reverenciar al Padre Fundador y se dedicaron a frotar sus sexos. Dice que a veces se siente extraviada en esta tierra de nadie y que por eso corre a abrazar a mi padre. Dice que él se aprovecha de esos momentos de vulnerabilidad y la obliga a hacer cosas que ella no quiere. Yo la miro. No digo nada. Yo la escucho unir palabras y palabras y más palabras.

El espíritu de un muerto conocido irrumpe en mi fiesta de cumpleaños sin ser invitado. “Hombre, ¿por qué has venido desde tan lejos a molestar a mis invitados?”, le pregunto. El hombre se marcha sin pronunciar palabra. En el sitio de la concentración, le refiero esta historia a un periodista argentino que me interroga sobre mis creencias. Le digo que creo en Dios, en la Virgen María y en ciertos espíritus que rondan el aire. “¿Pero, Pibe —me inquieta el reportero— vos crees en tus piernas, en tu talento, en tu capacidad de mover al equipo con una sola mirada; crees, en últimas, en la pelota?”. Textos de salmos, melodías corales, me hacen pensar en mi Santa Marta natal; de repente ya no estoy en Los Ángeles sino en Pescadito. Una hermana de mi mamá se acerca, al final de un partido entre familiares, y me regala un escapulario. “Esto te protegerá de todo mal”, me advierte. Yo le digo, sonriendo, que el escapulario no ha impedido que mi equipo pierda 5 a 3.

Desde hace meses hay rumores en los medios: dicen que ganaremos el Mundial, que somos la mejor selección, la más completa, la más compacta, la que se entiende a ciegas, la que juega de memoria, la que salta a la cancha con ventajas, la que inspira miedo, la que humilló a Argentina en el Monumental. Lo que nadie dice es que somos once muchachos colombianos que temblamos de susto, que somos una sucesión casi interminable de sujetos tímidos que poco o nada tienen que decirse los unos a otros, somos un pasillo largo

y oscuro que nadie recorre, somos los favoritos pero si tuviéramos la oportunidad de rescribir el libreto dejaríamos todo esto tirado y regresaríamos a Bogotá en el primer avión.

Santos blancos, santos negros: que se unan sus pedazos, que entre todos conformen un balón, que el cuero honre a la vaca que lo parió, que la pelota ruede, que se eleve por los cielos, que corra por la gramilla, que sea aire en nuestras cabezas, que sea pluma en nuestros pechos, que sea bala en nuestras piernas, que sea gol, triunfo, campeonato, vuelta al estadio. Santos blancos, santos negros: confundan al enemigo, tracen jugadas falsas, inventen lesiones donde hay leves dolores, inventen expulsiones donde hay faltas menores, inventen peleas en las tribunas para que nuestros rivales se distraigan, escondan el balón, no lo dejen ver, que si ellos lo tienen que tocar que sea cuando lo saquen del fondo de la red...

Lo que resulta mal contra Hagi y su corte, resulta peor cuando enfrentamos a la selección anfitriona, Estados Unidos de América. Somos un manojo de nervios, impotentes vemos cómo nuestras ilusiones se transforman en goles en contra. La multitud que antes enarbola banderas tricolores, ahora ruge, escupe, llora, increpa. Abandonamos la gramilla con la cabeza entre las piernas y la vergüenza rozando el suelo. En el camerino, ciertas miradas buscan a los culpables del desastre. “No pierdan el tiempo —les digo cuando se hace insostenible el silencio— yo soy el capitán del equipo y asumo plena responsabilidad de los hechos”.

Santos blancos, santos negros: despejen el camino a la portería de Suiza, siembren en el campo a sus defensas, enloquezcan a su arquero...

Es demasiado tarde...

El avión despegó y dejó atrás, una inmensa cola de humo blanco. Abajo, la ciudad de Los Ángeles se pierde entre las brumas de una mañana de junio. Abajo quedan los hinchas que empeñaron el alma por venir a acompañarnos, los comentaristas deportivos que no encuentran adjetivos para calificar nuestro comportamiento, los apostadores energúmenos, las pelucas desteñidas que imitan mi larga cabellera. Arriba, a bordo de ese enmudecido Boeing 767, la selección de fútbol de Colombia regresa a casa tras haber sido eliminada en la primera vuelta de la Copa Mundo de 1994. Nadie tiene humor para ver la película que repite caídas y pastelazos, casi nadie prueba el desayuno de frutas frescas, muy pocos logran conciliar el sueño, dos o tres logran enhebrar retazos de conversaciones. A mi lado, Andrés juega con una baratija electrónica que compró en el aeropuerto. El sonido intermitente del artefacto me recuerda algún conjuro, un rezo, una oración que nos pondrá de nuevo en la senda ganadora. “No te preocupes, Carlos —me susurra Andrés— ya vendrán días mejores”.

Cuando el piloto anuncia que entramos a territorio aéreo colombiano, en el fondo del avión estallan unos pocos aplausos y gritos. Miro a Andrés. Pienso que sí, que ya mañana saldrá el sol.

EL EVANGELIO SEGÚN MATEO HENAO SALAZAR

Después de un muy breve romance que incluyó una confesión suya de virginidad y una promesa mía de amor eterno, Francia Sterling y yo decidimos decirnos adiós en la terraza del Hotel Santacruz. Un beso mío en sus labios resecos, una mano suya apoyándose en mi hombro borracho y adiós. Salí del lugar acompañado por Mónica Bravo, una vieja amiga mía que escribía lo que alguien, con serios problemas de dislexia, podría llamar mi ejemplar biografía. A la mañana siguiente, resaca de por medio, tuve ganas de llamarla y de decirle que regresara a mi lado, que la gira anual de la *Iglesia Descafeínada del Cristo Redentor de Todos Los Pecados* apenas iba a comenzar y que era buena idea que un pastor cuarentón como yo apareciera ante los creyentes al lado de una niña de dieciocho años tan bella como ella.

—Tú sabes, para evitar las suspicacias de que todo pastor es marica...

Ella ni siquiera se tomó la molestia de contestar.

El fin de semana la pasé repasando algún pasaje hermético de las Sagradas Escrituras con Jim Jones, un gringo loco que había llegado del valle de Tennessee recomendado por un ex tesorero mío. Tuve que

hacer, lo juro, un esfuerzo muy grande para entender, en su pésimo español, que Cristo era, en realidad, un hombre maniaco y vengativo que había asumido las riendas del asunto ante la muerte accidental de su primo, Juan Bautista.

–Pero, ¿usted está seguro de lo que dice?, le pregunté.

–Sí, hermano, aquí usted no decir eso pero es verdad.

–Y, ¿entonces?

–Nada, yo la verdad pero usted no contar la verdad a nadie más. ¿You've got it?

No habían pasado dos semanas —de hecho, la gira que comprendía ciudades, pueblos y veredas de Ecuador, Perú, Chile y Bolivia aun no estaba lista del todo, faltaba un pasaje aquí, una plaza de toros por confirmar allá— cuando recibí la visita de Francia. Lucía preciosa con una minúscula chaqueta negra que le dejaba desnudo su ombligo y que me hizo recordar la única vez que le pasé mi mano sedienta de emociones por su vientre inédito. Haciendo uso de esa increíble capacidad femenina de ser curiosa y discreta al mismo tiempo, me preguntó si ya le había encontrado reemplazo en mi corazón y yo me demoré un, dos, tres segundos para mentirle que sí, que había vuelto con Ana Hernández, que ya me había olvidado de sus cinco besos, que ya no me hacía falta. Ella azotó la puerta y el templo se sacudió de arriba abajo. Una veladora rodó por el atrio de madera y yo dejé que ardiera un rato como símbolo de lo que alcanzan a subir las bajezas humanas.

Como escrito está, *el que al viento mira, nunca sembrará y el que mira a las nubes, nunca segaré*, decidí dejar a un lado los llamados del cuerpo y concentrarme en lo mío, en lo que me había dado fama andina: interminables sermones que hacían hervir la sangre, levantar los brazos, estirar las piernas, excitar las glándulas lacrimales, la carúncula lacrimal, los canalículos lacrimales, el saco lacrimal, el canal lacrimonasal y aflojar los esfínteres. La dura disciplina que

me impuse dio sus frutos: aprendí de un desempleado profesor de radio algunos trucos para forzar la voz hasta el límite, de un actor jubilado —que había trabajado décadas atrás en un seriado regional— a tener conciencia de cada uno de mis músculos y huesos, de un médico —que cuadraba su sueldo firmando cuanta fórmula le extendieran por delante— a desvanecerme en el momento indicado gracias a 100 miligramos de *Miracle*, droga que provocaba auténticas convulsiones acompañadas por babas falsas. Por fortuna —después de cada avivamiento, de cada *show* espiritual, como íntimamente lo llamaba— mi fe salía intacta, si bien mis rodillas y mis codos empezaron a quejarse por el trato que les daba. Acabo de referir, oh mis pacientes lectores —exactamente ochocientas y pico de palabras después de haber iniciado este relato— la razón por la cual el joven Mateo Henao Salazar entró a mi vida para no salir jamás.

Mateo Henao Salazar, sensible estudiante de periodismo de una universidad pública en ruinas, había tenido que recurrir a repartir masajes terapéuticos a diestra y siniestra con el fin de recoger, semestralmente el valor de su matrícula. Mi mano derecha en la Iglesia, Jesusita Ruiz, conocía a la madre de Mateo —algún favor hace años, no lo sé con certeza— el hecho es que Jesusita Ruiz, en persona, se encargó de traer a Mateo a mi lecho de pastor adolorido. La primera sesión no alcancé a ver su rostro, su voz era imperceptible —rasgo que yo, un bocón de nacimiento, siempre he asociado con la timidez del hombre sabio—, sus manos en mis codos me produjeron primero, la sensación de alivio instantáneo y segundo, un sueño pesado del que salí trece horas después cuando desperté al lado de un retrato de mi madre (quién sabe si yo en mi desespero había acudido a ella como talismán contra el dolor).

Mi madre Evangelina Castaño —Dios la tenga a su lado y no la abandone ni de noche ni de día— solía decir que la mayor felicidad del mundo consiste en tener un hijo dedicado, en cuerpo y alma, a glorificar al Señor. Debo decir que ella, como siempre, tenía razón y que amar a Dios era lo más maravilloso que me había podido ocurrir

en vida. Yo recuerdo haber desvestido, descubierto y lamido cientos de pezones quinceañeros en mi loca adolescencia pero nada de eso se equipara a la excitación de saber que estás adorando a alguien que no puedes desvestir, descubrir y lamer. Una vez adopté el camino religioso, pronto descubrí que sería necesario fundar mi propio movimiento, colgarme mi propia cruz; ustedes saben, no todas las interpretaciones de la Biblia son correctas, así que llenar ese vacío en Cali, Colombia, educar al ignorante; acompañar al afligido y orientar al perdido, resultaron siendo prioridades de las cuales no me desviaba nunca. Bueno, casi nunca, lo que nos lleva en este relato —que da vueltas, disgrega, aburre y delira, que deambula por la página en blanco buscando sentido a tanta palabrería inútil— al santo nombre de Ana Hernández.

Ana Hernández era una criatura recién salida del cascarón cuando la conocí a mediados del 2002, ese año capicúa que terminó siendo bisiesto. Sus padres, unos campesinos ignorantes que habían llegado a esta ciudad atraídos por la fiebre del oro (¿cómo iba a premiar Dios a un pueblo impío?), creyeron ver en la inusual belleza de su hija la oportunidad para recoger el dinero que les hacía falta para regresar a sus parcelas. Si bien les fue difícil decidirse por prostituir a su hija en pleno centro de Cali, antes de hacerlo —padre, madre e hija— optaron por entrar a mi Iglesia, la única en ese sector que lucía un gigantesco aviso de neón que rezaba, **QUIEN EST LIBRE DE P CADO**, y más abajo, en letras pintadas a mano con pintura vulgar, **que se abstenga de traer una piedra para erigir aquí la Iglesia Descafeínada del Cristo Redentor de Todos Los Pecados**. Dicho y hecho, apenas oyeron mis palabras y después de que se les hirviera la sangre, levantarán los brazos, estirarán las piernas, excitarán las glándulas lacrimales, la carúncula lacrimal, los canalículos lacrimales, el saco lacrimal, el canal lacrimonasal y aflojarán los esfínteres, la madre de Ana fue incapaz de arrojar a su hija al río de la perdición y el padre se tiró al suelo, gimiendo y llorando, llamándose ripio,

basura, monstruo capaz de concebir tamaña idea. Yo, por mi parte, me comprometí a financiar el regreso de ellos a sus parcelas y a educar a Ana como Dios manda. En la Terminal de Transportes, Ana y yo les dijimos adiós y corrimos a desnudar nuestros cuerpos en el primer motel que encontramos en el camino.

¿Cae en pecado un pastor cuarentón que ama a una niña de dieciocho años? No, al menos no en nuestra Iglesia, en donde se entiende que si alguien va a hablar de amor, tiene que practicarlo. Así que —le ahorraré tinta a esta impresora— me casé con Ana, tuvimos cinco hijos, fuimos felices, fuimos infelices, nos separamos, ella se quedó con mi colección de *spirituals* y con mis cinco hijos. Quedé, pues, sólo y triste y entonces apareció Francia, quien huía de una decepción amorosa y quien ancló en este puerto, más por encontrar con quién hablar que por tener dónde dormir. Pero Francia también cerró la puerta un día (era virgen y no dejó que le enseñara cómo hacen el amor los pecadores), así que retomo el hilo de relato —ya sin Ana, ya sin Francia— recién salido del sueño pesado en que me sumió Mateo Henao Salazar.

Mateo —ya lo dije cuatro párrafos atrás— era estudiante de periodismo y un hábil masajista. Lo que yo ignoraba era que le encantaba la lectura de la Biblia, su boca se le hacía agua ante tanta parábola, tanta imagen descabellada, tanta exageración mística. Una noche —hace apenas siete días y durante nuestra decimonovena sesión— tuvo lugar la siguiente conversación:

(Antes de despedirme para siempre, les informo que la gira por ciudades, pueblos y veredas de Ecuador, Perú, Chile y Bolivia fue cancelada por motivos de fuerza mayor, que Ana Hernández vive en un hotel de Las Vegas, Nevada, junto a un mafioso colombiano y mis cinco hijos, que varios hilos narrativos quedaron sueltos, que Mónica Bravo terminó su bendito libro y que Francia Sterling encontró el amor de su vida en la Librería La Tenaz de la calle novena en mi ciudad natal).

Pastor Patiño: ¿Y hoy, qué parte nos toca?

Mateo: Tiempo de buscar y tiempo de perder...

Pastor Patiño: ¡Qué cosas dices, Mateo!

Mateo: Tiempo de guerra y tiempo de paz...

Pastor Patiño (algo incómodo): Mateo, vamos, muchacho, ¿qué te pasa?

Mateo (exaltado): ¡Aquello que fue, ya es; y lo que ha de ser, ya fue; y Dios restaura lo que pasó!

Pastor Patiño (ya histérico): ¿Y qué fue lo que pasó, muchacho imbécil?

Mateo (gritando descontrolado, vengando años y años de silencio): ¡Tiempo de nacer y tiempo de morir!

(Mateo saca un puñal de su delantal y se abalanza sobre el Pastor. Le clava reiteradamente el puñal. El pastor sorprendido, no alcanza a ofrecer resistencia. Mateo se retira del cadáver tendido en la camilla y sale del escenario. Poco a poco, las luces se encienden y la cortina se cierra. Se recomienda –si este drama es montado en ciudades muy cálidas— que la atmósfera culpable y opresiva de los diversos lugares se cambie por una sola locación, quizás una playa desierta, en cuyo caso, la Iglesia puede ser un pequeña carpa en la arena y Francia, una turista casual que pasa delante del público preguntando a qué horas se acaba este cuento).

SHEILA: ME MUERO; SHEILA: DALE REWIND A ESTA ESTÚPIDA PELÍCULA

Cuando Sheila volvió el rostro para verme muerto, vio luces que salían de mi cabeza. Eso dijo ella. *Stop. Rewind*. La última fiesta, el fin de la ceremonia personal. Ni por una hora de ese martes de marzo logré mantener el equilibrio. Las manos, los pies me temblaban. Salí, calles mojadas. No había automóviles ni personas, sólo aceras y parques a oscuras. Perros salvajes mordían y arrastraban la estatua de Sebastián de Belalcázar por la avenida Colombia. ¿Y las autoridades sanitarias? ¿Y los miembros de la Asociación de Defensores de la Dignidad de las Estatuas? Volví, dando tumbos, a encerrarme en el apartamento y alcancé a escuchar —al introducir la llave en su cerradura— distantes voces desgastadas que salían de una caja metálica. ¡Pero si yo no tengo radio y mi vecina es sorda! Sheila. Todo lo que Sheila sabe cabe en dos canciones: *Perfect day* y *What's good*. Bueno, eso era antes de que se quedara sorda, ahora ni Lou Reed & John Cale resucitados serían capaces de hacerle oír un cañonazo.

Regresé con la imaginación y el corazón vacíos. Ajusté la puerta y me tiré al piso. Disparos cercanos hicieron que los invitados a la fiesta del edificio del frente me señalaran. Estaba tirado en el piso

del balcón y, desde donde ellos reían y bailaban y se daban besos y celebraban las marcas de sus camisas e intercambiaban anillos de oro, yo daba la impresión de ser un cadáver. Juro que alguien gritó, “muerto él, la humanidad se quita un peso de encima”, o acaso dijo, “su razón o su alma, estaba claro que tarde o temprano una de las dos se hundiría”. Ya se sabe, la combinación de licores finos con grandes sumas de dinero produce ceguera.

En mi propia fiesta se acaban los cigarrillos pero yo no fumo, se acaba el alcohol pero yo no bebo, se acaba la conversación pero yo no he dicho nada. Sólo mi mente dice cosas: *soy una ruina que busca turistas*. Sheila, Victoria, Sandra, Ana Cristina, Martha, Norma Lucía, Nayibe, Bibiana, nombres que corren pierna abajo y se pierden en el desague. Escucho un viejo disco de los Velvet Underground. Regreso a seis semanas de 1979, el inicio de mi mal. Ella tenía ojos azules: Vikki Jade Pasko Lane. Maldita sea donde quiera que esté. En Akron, Ohio, o en cualquier parte. Maldita sea porque no me amó como yo la amé. Maldita sea porque me contagió de lo que no tiene cura, el deseo que arruina la unidad de la comunidad y proclama el individualismo. De ahí a la timidez y a la masturbación hay un paso. Cajas de vino, ropa sucia, muertas conversaciones entre un joven nervioso de 18 años, yo, y una mirada ausente, ella. Contra el telón de fondo de una vida silenciosa, el recuerdo de ese álbum de Nico que yo puse en sus manos la última noche que la vi es ahora una mala señal de televisión. ¿Por qué añoro los días muertos?

Tengo ganas de orinar. La felicidad es orina caliente. Me siento tentando a hacerlo: señalar todas las esquinas de mi apartamento con orina. Cuídense —los primeros que entren, los que descubran el cuerpo, los que arriesguen alguna hipótesis sobre mis anotaciones en el diario— de no pisar las botellas rotas, los vasos quebrados, mis comentarios. Son casi las doce de la noche ya; dejo de llorar pero la fiesta del edificio del frente no deja de vomitar éxitos de 1983. *¡Cabrones, por lo menos tengan gusto cuando se emborrachan!*, les grito pero de mi boca sale espuma. Me tumbo en una hamaca, de

espaldas a Cristo Rey y a las Tres Cruces. ¡Bendita sangre del hijo de Dios! ¡Maldita religión! ¡Horrible ciudad! Vine a Cali huyendo de todos: mi madre, mi padre, mi hermana muda; exámenes médicos, tratamientos, placebos. Nada original hubo en mi decisión, no hice otra cosa que seguir el mandato bíblico: *vete de tu tierra y de tu país natal y de la casa de tu padre hacia la tierra que yo te mostraré*. El taxista me trajo a esta calle, carrera mínima. Conciencia desgraciada, rezar sin fe. Habitar el mundo, deshabitarlo. Estar a salvo, vivo, advertir los detalles para luego pasar la vida recordándolos. Estar vivo, atravesar las calles bulliciosas, llenas de indigentes y autos sin gasolina. Vivir una vida agitada y difícil, tener algo para contar. Estar muriendo, morirse, irse de este mundo. Vivir sin pronunciar palabra, gritar; tu casera es sorda.

Forward. Forward. Hoy es hoy. Hoy digo: la vida, cosa sabida, tiene demasiada tela para cortar. Con frecuencia, lo que se escribe queda sin entender. Hay quien busca sentidos ocultos en cada frase, hay quien se duerme al terminar el primer capítulo, hay quien no sabe leer. Indigentes. Veo cómo la ciudad se llena de gente con hambre que, poco a poco, sube hasta los cerros del oeste donde se erigen los edificios altos. Algunos de mis vestidos seguirán colgados en el armario tras mi muerte, vasos de leche se dañarán por más que estén en la nevera. Deshacer el concepto del yo, arrimarse a un árbol frondoso, que mis asuntos se conviertan en pesada carga para otros. Estimada amiga, queridos padres, un afectuoso saludo, los quiere. Esta muerte se leerá como un todo. Alcanzar la felicidad, quedarse a mitad de camino, ser sorprendido en tu propia mesa por gente que no ha comido en semanas. Identifiquen el cadáver, les dejo mi compleja historia dental. Degradación del tiempo, tentación de concebir la vida como un regreso, marcharse antes de que todas las palabras se corrompan.

De los pisos altos se arroja agua a los sedientos, el gesto no será suficiente. Son demasiados, nunca los vimos. La mirada última, el recuerdo de una espalda femenina que se aleja. Sheila, *please*,

record me. Sheila, please, play me. Pero yo ya estoy muerto —he ingerido cientos de pastillas azules y rojas, me he cortado las venas con los cristales rotos, me he disparado, me he colgado de la viga de la cocina—. Mi cuerpo empieza a tornarse rojo y a echar chispas.

Cuando Sheila volvió el rostro para verme muerto, vio luces que salían de mi cabeza. Como pude le di gracias a su Dios —que acaso era también el mío— por estar hecho polvo.

A ORILLAS DE UN RÍO DE ORINES, ME SENTÉ Y LLORÉ

El sujeto conocido como Louis Cypher ha muerto. Dios ha muerto. Nietzsche —que enterró a Dios— ha muerto. Lennon —que llegó a ser más popular que el hijo de Dios— ha muerto. Andy Warhol —que inventó aquello de los quince minutos de fama para poder quemarlos a su antojo— ha muerto. Los Stones —héroes embalsamados— han muerto. El punk ha muerto, el tecno ha muerto, el punteo ha muerto, la música electrónica ha muerto, el rock ha muerto, el post-rock ha muerto. Arthur Rimbaud —luego de matar la poesía y asustarse con el cuero— ha muerto. La originalidad musical —gracias al *sample* y al *loop*— ha muerto. La salud mental de los miembros de Suicidal Tendencies y Guided By Voices ha muerto. Héctor Lavoe y Charly García —tras arrojarse de sendos edificios altos— han muerto. El dios ario Carl Gustav Jung —nacido un 26 de julio— ha muerto. Diamanda Galas ha muerto, Jack Kerouac ha muerto. U2 —en las garras de multinacionales liberales— ha muerto. Kurt Cobain ha muerto. George Harrison —que creía en la reencarnación— ha muerto. James Joyce ha muerto. Bob Dylan —después de cantar frente a Karol Wojtyła— ha muerto. El mismo Wojtyła —que a su vez mató al comunismo con la quijada de un burro— ha muerto. Lou Reed —al enterrar a toda su generación— ha muerto.

Sylvia Plath ha muerto. Milla Jovovich —al desnudarse— ha muerto. Tracy Lords —al vestirse— ha muerto. Alejandra Pizarnik ha muerto. Borges —que era inmortal— ha muerto. La única que seguía vivita y cantando era mi novia. Pues bien, yo acabo de reducirla a cenizas en un texto de 456 páginas que recuerda que es propio de la naturaleza humana calumniar y robar lápidas, orinar sobre estatuas, editar toda suerte de infidencias con la excusa de que son memoria viva, escupir sobre el recuerdo de dulces besos, renegar del pasado, vomitar sobre las figuritas más difíciles de conseguir de todo el álbum. Sí; después de terminar la lectura de mi libro —que se anuncia con el gancho de “biografía no autorizada”— ustedes se preguntarán si yo estoy hablando de Patricia Lee Smith, la misma poeta y cantante visionaria que todos han leído, escuchado y admirado o —por el contrario— estoy refiriéndome a una persona completamente distinta, una muchacha que se transforma de “dulce y animada” a “furiosa y violenta arpía” en cuestión —no ya de una década, un año, un mes, una semana, un día, una hora, un minuto o un segundo siquiera— sino de un renglón. Han leído bien: *un renglón*.

Que quede claro: no pretendan de mí la deificación terrenal o la hagiografía pues no creo que la Smith sea alma impoluta (una especie de Madre Teresa del *punk*, aunque precisamente la monja en cuestión sea la inspiración de su canción *One Voice* del álbum *Gung Ho*). ¡No, mil veces no! Como cualquiera que tenga tres dedos de frente podrá imaginar, a mí me correspondía centrarme en los aspectos más sórdidos de su vida. Así de simple. Y que no digan que soy el primero que arroja basuras a las aguas de un mito o el primero en revelar nimios detalles para el deleite general: ya el finado Albert Goldman había demostrado que no todo lo que brilla es oro, al publicar un par de libelos contra Presley y Lennon en donde lo más trascendental era develar que a Elvis nunca le hicieron la circuncisión y que John era, en el fondo, un homosexual anoréxico.

Ha llegado el momento de revelar mi verdadera identidad, mi ocupación y mi vicio: yo no me llamo Harry Stein sino Aquileo Ven-

ganza. Observen cómo tiemblan mis manos de profanador, huelan mi boca. Conocí a la Smith en un baratillo de la avenida séptima de Bogotá en circunstancias que no viene al caso refrescar *una vez más* (ahí están las fotos, las revistas de chismes, los portales de Internet, ahí el relato pormenorizado de quienes pasaron del saludo formal a la cama más cercana, del apretón de manos al coito salvaje, de las promesas privadas de amor eterno a los gritos de odio en frente de las cámaras digitales, del respeto a la agresión en bares de pésima muerte, del *te amo* al *eres una perra*).

La lista de virtudes y atributos de la Smith —mi novia número sesenta y seis en esta década— es extensa y las comillas sobran: ladrona, rabiosa oportunista, plato vacío, ambiciosa, macilenta, demacrada, especialista en el deporte de la Flagrante Mentira, artista que emplea retazos de su vida en su arte sin importarle lo dolorosos que éstos sean, desagradecida, ambigua, andrógina, de mal olor corporal, fantasiosa, exhibicionista, lunática, bizca de un ojo, bicho raro, madre que da a su primera hija en adopción porque se interpone en su sueño de ser artista, arrogante, siniestra, indisciplinada, marimacho inquieto, sicótica, feminista renegada, blasfema, malhablada, temida populista, suicida en potencia, narcisista acosada por extrañas alucinaciones sobre su padre, una compositora que lucha por la libertad de expresión pero que se deja violentar por su esposo, follaestrellas, viuda mártir, arpía interesada, egocéntrica, manipuladora, vanidosa, obsesionada con la idea de ser reconocida por su panteón de héroes y heroínas, etcétera, etcétera. Como si lo anterior fuera asunto de niños, llegué a insinuar que la llamada *abuela del punk* sacó provecho de la muerte de su hermano Todd, su esposo —el músico Fred Smith— y varios de sus compañeros de viaje (el fotógrafo Robert Mapplethorpe, a la cabeza) para reinventarse como *diva afligida*, delante de una nueva audiencia en los años noventa.

Sé que mi libro destila veneno y que mi prosa afectada por el rencor es trago poco digerible para estómagos delicados pero —entiendan todos ustedes allá afuera— mi situación: después de un idilio de un

año, mi novia me cerró todas y cada una de las puertas sin ninguna excusa. ¿Por qué dejó de hablarme quien decía que yo era su vida? La única vez que pude sacarle algo, alegó acerca de mi extravío mental, mi dispersión y mi locura. Ay, Dios. Realmente a mí me tocó tumbar su silencio a punta de confesiones desagradables, revelaciones íntimas, delaciones. Queda claro para el lector común que la artista lúcida que nos ha legado trabajos discográficos tan avanzados como *Horses* y *Radio Ethiopia* es la misma alcohólica que golpea diariamente a su empleada doméstica, que la llamada “primera sacerdotisa creíble del rock” es —en la intimidad— insegura y vulnerable, que la feminista que identificó a Rimbaud como el primer punk de la historia y que alguna vez soltó la perla de “quiero que Dios me folle”, resulta ser una madre temerosa que se arrodilla ante un crucifijo hecho con botellas de vodka antes de acostarse.

No hace falta haber sido su amadísimo amante para saber que los héroes del individualismo se disfrazan de rebeldes para encubrir un estilo de vida bastante conformista, pero que esa verdad haya trascendido a los medios sí es un escándalo; en otras palabras: todos saben que Patti Smith entra al baño pero, no por eso, querían ver publicados los resultados de sus exámenes de sangre, orina y materia fecal. Al querer desmontar a la Smith de su pedestal, yo puedo decir que he acariciado la gloria de nuestra era: hundirme en un pantano lleno de heces para poder así disfrutar, a mis anchas, del banquete de infundios. Y que sigan lloviendo sobre mi cabeza los improprios de quien se jura piadosa y abstemia. Total, con los adelantos editoriales, puedo sentarme a la orilla de un río de licor a celebrar mi buena suerte.

¡Salud Louis Cypher, salud Dios, salud Nietzsche, salud Lennon, salud Warhol, salud Rimbaud, salud Lavoe, salud García, salud Kerouac, salud Cobain, salud todos y todas, salud Patti, exnovia mía, a tu salud yo levanto esta y todas las copas que ya vendrán!

DOLOR, RABIA, DESESPERACIÓN, SALVACIÓN: LLAMANDO A HUGO

El vidrio empañado del auto de su mujer lo hizo llevarse, de nuevo, la mano a su cara. Tal vez la niebla se hubiera apoderado ya de su ojo derecho, tal vez su razón se estuviera perdiendo, de veras, entre el cielo azul y blanco, tal vez era cierto aquello que repetía la radio, “los colores de la vida son monótonos”, y ahora sólo quedarán manchas, sombras, rastros, ahí donde minutos antes había habido una carretera solitaria, un Chevette amarillo que serpenteaba a 80 kilómetros por hora, una boca sin huellas recientes de cigarrillos y alcohol. Tosió para sentirse vivo. Aquel viaje al mar era un alivio en medio de una semana, por lo demás, olvidable. Sin embargo, el temor de saberse sólo en mitad de la nada lo llenó de pensamientos tristes. Tosió de nuevo.

Lo escuché toser.

Escupió. La saliva voló por la ventana y fue a caer al asfalto. Buenaventura parecía cada vez más lejos a medida que su carro se acercaba a la entrada de la ciudad.

Antes —es decir, antes de que el autor de este cuento se hubiera sentado frente a la página en blanco y, por supuesto, antes de que Hugo, el protagonista de esta historia, recibiera esa llamada urgente y hubiera decidido viajar, muy temprano en la mañana, al principal

puerto colombiano sobre el Pacífico— si alguien le hubiera preguntado a ambos cuáles habían sido los días más felices de sus vidas, probablemente el primero de ellos,

shut up, it's me,

mientras que el segundo, habría contestado que los días de adolescente junto al mar; mañanas de sol, tardes de playa, noches de bohemia que terminaban en cualquier catre y en cualquier compañía. Por aquel entonces —y estamos hablando de quince años atrás— Hugo era un muchacho distraído, un tanto díscolo, a quien había que acercársele mucho para entenderle palabra coherente. Ese aire de no saber a qué lugar del mundo pertenecía era suficiente para enamorar a hombres y mujeres que se le pegaban como moscas huérfanas. El sexo era un dolor necesario que había que afrontar —pensaba él— mientras aparecía el amor verdadero; qué importaba si la otra mitad de la cama la ocupaban Camilo o Cristina, Andrés o Amparo, todos tenían la oportunidad de estar cerca de ese joven que tenía grabada en la frente la necesidad de afecto.

Hoy en día, las cosas serían a otro precio. Su mujer, Luisa, era la única que tenía derecho a amarlo, las noches desenfundadas habían quedado lejos, por allá escondidas en una gaveta del pasado. De hecho, cada vez que regresaba a Buenaventura, Hugo se cuidaba de no ir a algunos sitios, de no asistir a ciertos clubes, de no bailar en cualquier parte; quizás un fantasma de carne y hueso le recordara tiempos idos y lo pusiera en aprietos delante de sus dos hijas. Aceleró. ¿Y si su tía ya hubiera muerto? ¿A quién se le ocurre morir un 25 de diciembre? Sintió rabia con el destino: su tía más piadosa agonizaba el mismo día en que empezaba la Feria de Cali.

Mangos, musgos, helechos, orquídeas, arrayanes, ceibas, lirios, rayas que dividen en dos la carretera se abrieron a su paso mientras la radio dejó de vomitar canciones de moda y se llenó de ruidos que significaban la muerte de todas las emisoras, de todas las voces chillonas que repetían la hora. Buscó un disco compacto; nada, con la premura dejó todo en casa. Silbó. Tosió. Parpadeó. Frenó al ver un

sapo en plena vía. Un gato negro. Una cascabel. Un venado herido. Una tortuga. Un avestruz. Un koala. Dudó de lo que veía. ¿Un panda, un ñandú, un alce por estos lados? ¿Veía bien?

Sí, viste bien, son animales, cientos de ellos.

¿Eso no era una gacela en las fauces de un tigre? Trató de acelerar y huir de allí pero tantos y tantos animales se lo impidieron. Intentó dar reversa. Tampoco funcionó la maniobra. Estaba atrapado entre un desfile interminable de especies, en algún lugar de la vía. Cerró la ventanilla. Aseguró las cuatro puertas. Se encomendó a Dios.

Ella le pareció tan limpia, tan elegante. Ella lo invitó a sentarse en plena sala de espera. Ella le ofreció cigarrillos. Él que no fumaba, dijo sí y aspiró como pudo el tabaco. Se sentó a su lado y trató de no arruinar el silencio que se posó entre ambos. No pudo. Ella habló:

–No le voy a hacer nada.

–Eso lo sé.

No le hizo nada, de hecho.

Como si la carretera estuviera a oscuras. Nadie. Nada. Ningún sonido animal. Ninguna queja. Ni siquiera líneas blancas en la mitad de la vía. Nada. Nadie. Sólo la señora Eme llevándose hacia sus lares, diciéndole en un español entreverado:

–Tu tía... esperar, tú... no.

Y él se dejó llevar y no pensó más en su tía, en su esposa, en su madre, en sus dos hijas, en la Virgen María. Se dejó ir. Puso su voluntad en manos de ellas. Se despidió del mundo, le dijo adiós a todo lo conocido y por conocer.

Me dijo adiós a mí.

Se dejó arrastrar. Se fue. Encontramos su carro, las llaves estaban tiradas en el pavimento. Ni rastro de él. Ni su olor. Rabia, impoten-

cia, desesperación. El que iba a visitar a la moribunda se perdió. La moribunda se alivió. El mundo siguió andando.

1829. Joseph–Antoine–Ferdinand Plateau fijó su mirada en el sol de verano durante 25 segundos. Ni uno más. 25 segundos. Quedó ciego. ¿Hugo habrá quedado ciego? Hasta 1940, en Italia, las películas dobladas estaban mal sincronizadas sin que eso incomodara al público. Los resultados desmañados (torpes, inhábiles, desmanotados) no molestaban al espectador y mucho menos a este transeúnte –que siempre siguió de largo— y que jamás relacionó butaca con oscuridad. ¿Hugo habrá seguido de largo? El 7 de octubre de 1959, Mario Lanza murió en Roma de un ataque al corazón. Tenía 38 años. Corpulento. Saludable. Temperamental. En 1954 se dijo que había perdido la voz porque hacía un programa de televisión *doblando* sus propios discos. ¿Hugo habrá muerto de un ataque al corazón?

Los colores de la vida son monótonos. Lo repetiré: sin amor, la vida es monótona. Hugo, mi cuñado, me prometió que jamás nos separaríamos. Cuando supe de su suerte, enloquecido, grité. Luisa, mi hermana menor, vino en mi ayuda. Me aconsejó que me sentara. Calmara. Acostara.

–Yo te lo presenté...

Durmiera.

–Luisa, yo te lo presenté, ¿entiendes?

Muriera.

Lo hubiera escrito yo de ser capaz; lo escribió Mary Wollstonecraft Shelley: “un venado herido arrastrando sus desfallecidas patas hasta algún matorral solitario para desde allí mirar la flecha que lo ha penetrado y morir...”.

Seguí andando. Me arrastré pero seguí respirando.

Con todo y sus defectos, naturalmente humanos, Hugo fue un hombre dotado de un talento extraordinario. Su muerte constituyó un verdadero duelo para el mundo artístico. Esta editorial tiene la fortuna de poseer un archivo enorme de textos suyos y poco a poco los irá entregando al público colombiano que tanto lo quiso y recuerda.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

TRANQUILA VIDA ANALÍTICA, EL LECTOR CONOCE EL FINAL DE LA FRASE ANTES QUE EL AUTOR

Tómenme en serio, se los advierto. Soy totalmente serio en lo que hago, serio como un ataque cardíaco. No hace falta ir a cine para saber que, hoy por hoy, el nombre mío —director, guionista y actor— suscita tanto encanto como espanto: al lado de quienes me entronizan, otros desearían defenestrarme. Sí, aceptemos que el cine (y especialmente el de Hollywood) se ha vuelto tan predecible que cualquier espectador conoce el final de la película en la mitad de la proyección; ante ese panorama, la avanzada de autores como yo, supone —creo— aire fresco. Sin embargo, el ruido mediático que envuelve cada una de mis apariciones —como sucede con tantos otros asuntos— impide una segunda escucha, una mejor lectura, la apropiada decantación. Y es que resulta curioso que un director, guionista y actor que tiene a la fecha apenas tres largometrajes a su haber (*Lo que antes era hábito, ahora es vicio; La saturación de los sentidos* y *Transparencia*) genere tanta ampolla, tanto estudio sesudo, tanto chisme de Internet¹. Como sea, *algo habrá hecho este maleante* para

¹ Anexo a este discurso algunas de las muchas páginas de chismes de internet dedicadas a disecar mi film *Transparencia* y que demuestran con creces la teoría de las operaciones transtextuales. Como puede comprobarse, la lectura que se hace de mi obra es minuciosamente enferma: la disección

que así sucedan las cosas y no de otra manera: cualquiera sabe que no buscar un lugar en la historia es también una forma de hacerlo. Así, cifrar, provocar, resucitar géneros muertos o darle respiración —boca a boca— a formatos en vías de extinción, escudriñar al máximo los tarros de basura en busca de alguna clave que explique la genialidad del consumidor de turno, orinar sobre estatuas de héroes, reivindicar a *losers*, *outsiders* y *serial killers*, infringir toda suerte de leyes y normas, terminó siendo sospechosamente popular —hablo del triste final del siglo veinte— aun en los ambientes más tradicionales.

Se topan, ustedes, pues, ante un enigma, ante el cual les cabe preguntarse: ¿soy un genio al que le cabe toda la historia del cine y sus estrellas en la cabeza o un charlatán que pretende hacerles creer que vivió en una época en la que no había nacido? Probablemente, ambas opciones son correctas, lo que supone ante ustedes un destino inescrutable por la cantidad de posibilidades que se desprenden de él². Sería más fácil homenajear esta noche, por ejemplo, a directores convencionales como Robert Zemmicks (*Forrest Gump*) o subterráneos como Jim Jarmush (*Ghost Dog*) o a directoras más comprometidas *con la causa* como Rose Troche (*Go Fish*) o a dementes más disparatados como John Waters (*Pink Flamingos*); en fin, la lista es larga y lo que

del cadáver es perfecta; si no hay más cortes e incisiones —claves advertidas, conexiones, especulaciones, barbacha a secas— es sólo debido a que el cuerpo sin vida no aguanta más bisturí. Esta tendencia a desear *saberlo todo sobre algo*, por supuesto, no es nueva. En el caso de la literatura, un libro como *Ulysses* de Joyce ha sido sometido a una lectura tan extensa en busca de todas sus ramificaciones posibles que los estudios sobre esta obra, ocupan varios estantes. Casualmente dicha novela ocurre en el transcurso de un solo día: el 16 de junio de 1904 (en conmemoración de la primera cita del autor con Nora Barnacle). Si quisiéramos encontrarle parecido a lo “posiblemente” no lo tiene —para así insistir “neciamente” en relacionar *todo con todo*— añadamos que *Transparencia* se desarrolla en un día, de amanecer a amanecer. Tal parece que, al igual que Joyce, soy devoto del tiempo...

trato de decir es que vuestro hombre levanta reticencias, incomoda; tanto escándalo hace desconfiar pero tanto misterio a mi derredor, dispara la curiosidad.

Como sea, soy un auténtico norteamericano³. Reconozco que la cultura norteamericana es la dominante, que estamos familiarizados, naturalizados, atados a sus imágenes, sonidos y bienes. La proximidad con esa cultura, obviamente, facilita la mirada. Y si a esa familiaridad le agregan el hecho de que, a la organizadora de esta ceremonia, mis asuntos le ha sonado desde hace varios años —esta noche y las dos siguientes, cuando revisitaremos mi obra— prometen acercamientos reveladores.

Una última cuestión antes de referirme a mi eventual aporte al séptimo arte: a diferencia de otros productos culturales traducidos (el libro, por ejemplo), el cine llega a este país en versión con subtítulos en español. Por más rápido y mejor que se lea, esa lectura forzada, de izquierda a derecha y *limitada* al marco inferior de la pantalla,

² Haría falta develar, seguir y verificar cada asunto que cito, cada pista, cada posible sendero que se bifurca en otro; ardua labor que escapa —incluso— al más devoto de mis *fans*, como se puede demostrar conectándose a la red y sometiéndolo a uno de tantos cuestionarios de nimiedades. ¿Cuál sería el encanto de un guiño cinematográfico si su existencia no supusiera, *per se*, la existencia de un *espectador avezado* que es capaz de *advertirlo a tiempo* para regocijo de su ojo y su ego, y para pasmo de los más lentos, los más legos, los que van a cine a pasar *bueno*? Es decir, ¿no se trata, en el fondo, de conocimientos especializados pero (un tanto o mucho) triviales que exigen comunidades de intérpretes afines pues, de otro modo, no funcionaría el mensaje —supuestamente— “cifrado”?

³ El arquitecto Witold Rybczynski dijo a propósito del *diseñador total de moda* Ralph Lauren: “Lo primero que nos llama la atención acerca de la ropa de Lauren es lo americana que parece ser. Se basa en imágenes domésticas reconocibles: el rancho del Oeste, la granja de la pradera, la mansión de Newport, las universidades. Esa sensación de *déja vues* intencionada: Lauren es un orquestador de imágenes”. ¿No será la cultura norteamericana una gran orquestadora de imágenes que ya hemos visto antes y que, por lo tanto, se nos antojan tan familiares, tan reconocibles, *tan de toda la vida*?

impide, en ocasiones, degustar apropiadamente el esplendor de la pantalla en su totalidad y complejidad, el universo abarcado por mi genio. Es decir, ustedes suelen hacer una lectura fragmentada de una obra total, imágenes y sonidos concebidos no para gente que parpadea en inglés y lee en español sino para angloparlantes, que oyen y entienden inglés.

Un espectador grita, interpela, se sale del guión: ¿Sabes, Patiño, cuál es tu problema? Sólo haces mierda. Increíble y olvidable mierda. Pero no me refiero a una mala interpretación o esa unión de palabras absurdas que muchos estudios califican de prosa. Me refiero a la carencia de un realismo, un elemento inexistente en el cine norteamericano contemporáneo...

El hombre —veinte años, ciento setenta y siete centímetros, tez trigueña— es sacado de la sala por dos gorilas. Toses, algunas risas, las luces me enfocan, todos quieren saber qué diré a continuación. Sigo leyendo mi discurso, al final del primer párrafo la ovación hace levantarlos a todos de sus asientos...

“¿Hasta qué punto son originales los argumentos cinematográficos?”, me preguntan a menudo. Esbozaré una respuesta siguiendo a Platón: lo son cuando incorporan a una continuidad narrativa germinal, o sea, cuando son fruto de un legado anterior y generan otro nuevo. Las narraciones que el cine ha contado y cuenta no serían otra cosa que una forma peculiar, singular, última, de recrear las semillas inmortales que la evolución de la dramaturgia ha ido encadenando y multiplicando. Léida mi obra a la luz de ese análisis queda claro que lo mío es una muy efectista restitución del *mito*, una revisión oportuna y una puesta al día —un tanto macabra pero feliz, si se quiere— de una serie de tradiciones fundacionales del cine y la televisión norteamericanas, tanto las oficiales (glamorasas) como las subterráneas (sórdidas).

(aquí, al final de este párrafo es que los ochocientos invitados se levantan y aplauden y aplauden y aplauden...)

Con relativamente pocos argumentos a su haber, no es extraño que el cine se haya vuelto autoreferencial y que en él se puedan advertir fácilmente las huellas de una escritura anterior borradas de manera artificial. Tampoco es casual que yo haya sido dependiente de una tienda de alquiler de videos y que haya tenido acceso a los títulos más “representativos” y también a los más “deleznable” de la tradición fílmica⁴, y que los haya visto como todo devorador de imágenes lo hace: atrasando y adelantando la cinta, algo imposible de concebir para un espectador convencional en una sala de cine. Esa lectura de imágenes y sonidos —derivadas de la irrupción de tecnologías baratas, caseras y manuales de grabación y reproducción— es atípica pero no antinatural: toda obra es una suma de invocaciones conscientes o inconscientes, asociaciones, alusiones, invitaciones, azares, citas en clave de homenaje, distorsión o burla; así, atrasar y adelantar una cinta no hace sino acercar al cine a la literatura pues cualquiera sabe que en la lectura de un libro se da la relectura, la vuelta a atrás, la interrupción y la reanudación, etc.

*Alguien, otro alguien, también se levanta y grita, esta vez de-
letreando todo muy claramente: “¡El ci-ne reclama los te-mas
excesivos y la si-co-lo-gía minuciosa. Exige la ra-pi-dez, pero,
sobre todo, la re-pe-ti-ción, la in-sis-ten-cia, la vuelta sobre lo
mismo!”...*

Yo sigo imperturbable...

⁴ Ya lo dijo Roberto Rossellini: “El verdadero artista creativo en el cine es alguien que extrae el máximo de todo lo que ve, incluso si a veces lo hace por accidente”.

Debo advertir —antes de continuar— que mi conocimiento de la obra de autores como...

Otro, algunos metros más allá, grita a su modo: ... ¡después de ver tus tres filmes salta a la vista tu falta de rigor!...

Sigo. Esta vez, temiendo nuevas interrupciones, salto a la última página y también subo la voz:

La inmensa reserva de imágenes, de signos, de fetiches, de objetos a disposición de todos y de cada uno, encuentra su particular manera de expresarse en mi obra, ya como montaje, *collage*, malabar que juega, destruye o atomiza sentidos. Mis películas son hijas de una multitud de relatos. Soy original porque renuncié a serlo.

Muchas gracias.

No se mueve nadie. Nadie aplaude. Los reflectores siguen apuntándome. Sigo, de pie, al frente del atril. Los segundos pasan, los minutos también. Las primeras luces de la mañana nos sorprenden a ellos allá y a mí, al lado de acá. Nadie se mueve. Yo permanezco en mi puesto. Ni me atrevo a mirar las hojas de papel que contienen mi discurso. Nadie tose, nadie grita sandeces. Todos sabemos, ellos y yo, que estamos atrapados en el juego de la simulación: al menor movimiento en falso, toda la estantería se derrumbaría.

Los días se suceden. La gente viene a vernos por las ventanas. Los curiosos, los cinéfilos, los periodistas. Nos traen agua, comida, frazadas, colchones, medicinas...

Hoy cumplimos una semana y media en estas. Algunos ya han muerto o por lo menos se han desvanecido en el suelo alfombrado. Yo estoy dispuesto a llegar hasta el final. Las dos modelos a mi lado todavía sostienen la estatuilla que me será entregada quién sabe

cuándo. No las miro. No respiro. No me muevo. Yo estoy dispuesto a llegar hasta el final.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

LA NOCHE EN QUE WALTER BENJAMIN HERRERA CONOCIÓ AL EMPERADOR ROMANO FLAVIO TEODOSIO

Según recuerdan quienes estuvieron ahí, en los años sesenta los jóvenes del mundo se cansaron de esperar la vida que sus diligentes padres y acuciosos maestros les habían vendido y estallaron. Esa explosión se tradujo en actitudes, compromisos, búsquedas; varios panteones de héroes y heroínas regados en el camino. La utopía revolucionaria, armada y desarmada, recogió buena parte de ese enojo y esa frustración: organizarse políticamente, irse al monte, tirar piedra, conseguir adeptos para la causa, rebelarse contra un sistema de valores institucionalizados que se consideraba injusto y excluyente, fueron algunos de los senderos transitados por muchachos y muchachas que se negaban a ser víctimas de una verdad absoluta en nombre de la cual se ejercía un poder que los relegaba a un rincón sombrío de la historia; qué digo, Historia. Hubo otras utopías, por supuesto: la mística, que intentó encontrar respuestas en *el más allá* a problemas surgidos en *el más acá*; oraciones, sectas, varitas de incienso se encendieron como respuesta a tanta desesperanza y a tanta pregunta por la naturaleza misma de la existencia. La denominada contracultura, se erigió, a su vez, como signo de los nuevos tiempos. Era necesario, querido amigo, esparcir las consignas de cambio, era preciso dar fe de los lugares nunca

antes vislumbrados y que ahora estaban al alcance de los sentidos de cualquier mortal, era urgente derribar barreras mentales, quemar las órdenes obsoletas, los viejos ídolos y verlos arder como malos recuerdos en los ya nunca más inocentes altares juveniles...

Aunque la mayoría de ustedes ya sabe cómo terminó la película (después de encolerizarse, el Establecimiento se dejó crecer el pelo, acogió a las ovejas negras en su lecho, las domesticó, las graduó de burócratas, y desactivó así la bomba de tiempo), es bueno agregar que en esa época los ángeles sí tenían sexo y lo usaban: vale la pena recordar que el amor libre, la disipación, el desprecio por las leyes, el Che vivo en Cuba, el Che perdido en el Congo, el Che muerto en Bolivia, un, dos, tres, muchos Vietnam, el 3 de mayo de 1968 en París, la píldora anticonceptiva, el anticolonialismo, la revolución cubana, Alí, las diversas corrientes del marxismo, Richie Ray y Bobby Cruz, Jean Paul Sartre, la *nouvelle vague*, el Tribunal Russell, Yuri Gagarin, Twiggy, el estructuralismo, el psicoanálisis, Zabriski Point, la psicodelia, la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos, la oposición a la represión estalinista en Europa oriental, las panteras negras, el ácido lisérgico, Ho Chi Minh, *und so weiter*, fueron alguna vez seres humanos e ideas puestas en práctica y no meras camisetas, chistes, caricaturas, botones, afiches, calcomanías que uno descubre, ya raídas, en desvencijados buses nacionales de servicio público. No: la rebeldía existió de veras, la actitud contestataria brilló alguna vez, las manifestaciones de impugnación permanente del orden establecido fueron reales, contantes y sonantes.

¿Qué sucede a comienzos del siglo veintiuno? Supuestamente muertas y enterradas las utopías por las que antes se mataba y enterraba la gente, no quedaría mucho por agregar en esa dirección; quizás sólo faltaría confirmar —agachada ya la cabeza, perdida la garra— las tendencias dominantes: adormecimiento, apatía, acusado individualismo en detrimento de la participación, la movilización social, las iniciativas colectivas; que no quede ídolo con cabeza, parecería ser el lema de los tiempos que nos tocaron en suerte, así que

hundamos la pala sobre la tierra fresca y dispongámonos a decirle adiós a todo y a todos, empezando por casa y terminando con los pedestales de aquellos personajes que se nos antojaban —anteayer no más— como luces que hacían más amable el sendero. Si antes se hizo necesario vivir de otra manera, experimentar, gozar cada instante como si fuera el primero, ahora hay que transitar con sumo cuidado por el vasto cementerio de ilusiones que terminaron siendo los sesenta (y setenta y ochenta y noventa y...) en Colombia y en el mundo. Vistas desde la ventana del presente, las décadas en mención, parecen —con todo y sus luces y sus desengaños— tiempos y espacios privilegiados para manifestar cierta suerte de fervores y desencantos, para imaginar ideologías, para dar rienda suelta a expresiones de cualquier laya. En ese contexto, creció, escribió y se mató el autor de la anécdota que les relataré esta noche. Antes, permítanme algunas notas de referencia.

Walter Benjamin Herrera (29 de septiembre de 1951– 4 de marzo de 1977), despierta y acuesta, bostezos y pasiones. Y es que no es fácil —la verdad sea dicha— vencer las prevenciones existentes alrededor de un tipo como él, que ha sido vendido y consumido, indistintamente, como eterno adolescente, reputado *outsider*, poeta de toda una generación que cantaba en una prosa efervescente y contagiosa, correctísimo hippie descendiente de J. B. Mosquera —hijo de la segunda esposa del militar y presidente payanés T. C. Mosquera—, tambaleante drogadicto, genial promesa trunca que iba a las rumbas con su máquina de escribir, suicida que animó el más vital cine–club que conoció su ciudad natal, etc. El ruido mediático que envuelve cada una de sus resurrecciones parece impedir una segunda escucha, una mejor lectura, la decantación apropiada que —en su caso particular, lo aseguro— bien vale la pena.

Al igual de lo que sucede con tantas otras celebridades idas, es pertinente preguntarse qué misterio esconde Walter Benjamin Herrera que todavía hoy nos importa. Y es que, dos décadas y media después de haberse puesto —él mismo, por voluntad propia— punto

final, el más célebre de los muertos jóvenes caleños ha reencarnado en una nube de waltercitos y waltercitas que se exhiben, sin pudor, por las calles y carreras de Cali imitando sus más publicitados *tics*. Lectores y *groupies* incondicionales del *mito* deben andar bastante preocupados pues su hermoso cadáver (para usar la conocida expresión de un personaje de la película *Knock on any door* de Nicholas Ray), antaño a salvo de tanto manoseo por parte de los no-iniciados, hoy es objeto de estudio, tema de tesis y cuentos, marco teórico para hablar de Caliwood (la *modestísima* versión local de Hollywood) y sus *películas*. Como si fuera poco, el *mito* se nutre ahora de páginas en la Internet, videoartes y documentales, ediciones de bolsillo de sus cuentos y dramas, montajes teatrales y amargas lágrimas de amigos íntimos que jamás lo conocieron en vida.

La legitimación de la obra del rebelde no ha hecho sino exacerbar aun más los ánimos: para unos ya era hora de que sus textos circularan profusamente y que se estudiaran como se lee y reza *La Vorágine*, *María* o *El coronel no tiene quién le escriba*; para sus detractores, la consagración oficial ha devenido en la proliferación de ángeles custodios de una discutible leyenda de provincia, sobreestimaciones, páginas desprovistas de alguna vigencia que lo único que esconden es el deseo de no dejar descansar en paz.

Sí aceptamos que —con algunas muy visibles y legibles excepciones— la literatura nacional de los años setenta se había vuelto tan predecible que cualquier lector conocía el final de la historia en la mitad de la lectura, la avanzada de autores como Walter Benjamin Herrera supuso aire fresco pues su intrincado universo abrió espacios para temas invisibles hasta entonces como lo son la marginalidad y los personajes de la alteridad; sus historias son, casi siempre, viajes sin retorno en donde la constante es el sonámbulo periplo de un grupo de jovencitos y jovencitas que aman a muerte la belleza, el lenguaje y la agresión. Es inevitable pensar en la dicotomía ascenso y caída, o mejor, enrumbe y derrumbe, para describir a varios de los personajes de su imaginario. La Cali de Walter Benjamin Herrera no

es la ciudad idealizada por la rumba sin horario ni por el desenfreno más gratuito; en sus historias lo que hay es euforia y desmoronamiento, pura muerte, puros muertos que desaparecen sin razón ni respuesta ni culpable; muertos porque sí, porque a alguien le dio la gana. Pero no sólo caen protagonistas y antagonistas, en su obra se cuestionan y derrumban también instituciones como la familia, el trabajo y la escuela; los proyectos oficiales que mintieron diciendo que los Sextos Juegos Panamericanos de 1971 traerían prosperidad y paz para todos; la ilusión de un futuro, de un amor *normal*, de una vida más allá de los veinticinco años...

Se afirma que, con ligeras variaciones, los argumentos de los que se nutre la literatura (y el cine, por lo pronto) son la búsqueda del tesoro, el retorno al hogar, la fundación de una nueva patria, el intruso benefactor, el intruso destructor, la venganza, la mártir y el tirano, lo nuevo y lo viejo, el amor voluble y cambiante, el amor redentor, el amor prohibido, la mujer adúltera, el seductor infatigable, la ascensión por el amor, el ansia por el poder, el pacto con el demonio, el ser desdoblado, el conocimiento de sí mismo, el interior del laberinto, la creación de vida artificial y el descenso al infierno; pues bien, antes de encasillarlos, podríamos decir que los relatos de Walter Benjamin Herrera son, por un lado, pura observación de las cosas reales por parte de cada uno de sus *alter egos* pero también zonas de penumbras, impresiones pasadas que regresan como alucinaciones y que incorporan al texto un lenguaje que parece estar por encima de todas las anécdotas posibles; sus fijaciones son una especie de gran texto que toma prestados personajes y situaciones de aquí para allá para así instaurar una especie de nuevo (des)orden en donde se imponen las huellas de escrituras e imágenes anteriores. Su estilo —que es una suma de estilos, escuelas, letras de canciones, autores literarios y cinematográficos— hace problemática su inserción total dentro de una categoría específica: Walter Benjamin Herrera le debe tanto a Edgar Allan Poe como a Héctor Lavoe, tanto a Ingmar Bergman como a Roger Corman; así las cosas, acercarse a

su mundo es entrar en un cruce de caminos sugerente pero peligroso.

Cuando nuestro escritor cumplió quince años quedó como único hijo varón tras la muerte de Francisco José, su hermano menor. Francisco José era mi mejor amigo; con los días, con el paso de las noches, Walter Benjamin Herrera y yo nos convertimos en los mejores amigos. Su primer cuento, *El silencio*, lo escribió en mi máquina de escribir IBM. Yo fui quien le presentó a Nathaniel Hawthorne, Herman Melville, Adolfo Bioy Casares, Malcolm Lowry, Henry James, Flannery O'Connor, Camilo José Cela, José Agustín, Mario Vargas Llosa y Carlos Fuentes; de mi bolsillo salió el dinero para su anhelado viaje a conocer la casa de Howard Philips Lovecraft. Si la entrañable amistad se desvaneció poco tiempo después, la culpa no se me puede atribuir. No era fácil compartir la charla o el silencio con él. Walter Benjamin Herrera era —lo diré— un ser atormentado. La gran cantidad de material escrito que nos dejó, entre relatos, cartas, versiones de cuentos, críticas cinematográficas, adaptaciones y ensayos, no hace sino confirmar la versión que dice que uno escribe porque es incapaz de dormir. Walter Benjamin Herrera no dormía, alucinaba sin necesidad de drogas, hablaba con seres de otros tiempos, veía cosas donde los demás veíamos sombras, puras sombras. La anécdota que les prometí tiene que ver con uno de esos paisajes de desolación que se abrían ante él en sus continuos insomnios:

Un sábado por la noche, tras largos titubeos, Walter Benjamin Herrera salió a caminar por las calles de Cali. “Las calles que he visto tantas veces, hoy son distintas”, escribió en su diario. Recorrió bares y restaurantes. Comió, bebió, fumó, vomitó como todos. Leyendo los nombres de hombres escritos en un urinal, creyó sentir una presencia extraña a su lado izquierdo. Se dio vuelta. Efectivamente había alguien ahí, a su lado. Era un ser extraño que buscaba la forma de hacerse entender en un dialecto que nuestro hombre no reconoció en seguida. Podemos imaginar la escena: dos seres son incapaces de hacerse entender por medio de las palabras pero no así con el cuerpo. Se acariciaron, se besaron, se amaron ahí mismo,

se dejaron llevar por la *significancia* del momento, es decir, *por el sentido en cuanto es producido sensualmente*. Walter Benjamin Herrera no había conocido hombre; de lejos se veía que el otro hombre sí. “¡Latín, es latín lo que habla el tipo de la túnica!”, pensó para sí nuestro escritor. Empezó a recordar sus viejas clases de religión con el padre Ambrosio. Creyó entenderle a su ocasional amante cuando éste le dijo: “todas las criaturas que están sujetas a nuestra clemencia y moderación deben continuar practicando la religión que nos fue entregada por el divino apóstol Pedro”. Walter Benjamin Herrera no dio crédito a las palabras que salían de aquellos labios. “Los no cristianos son repugnantes, herejes, estúpidos y ciegos”, continuó el otro hombre. Y añadió, poco después: “desde el primer instante que te vi, supe que eras hombre de mucha fe, querido mío”. El otro hombre dijo llamarse Flavio Teodosio, dijo estar en el año 381, mostró heridas que atribuyó a las guerras de su tiempo. “¿Flavio Teodosio, el mismo emperador romano que llamó *locos* a todos aquellos que no creían en el dios cristiano y el mismo que prohibió discrepar con los dogmas de la Iglesia? ¿Qué hace un emperador romano en este baño?”, se preguntó Walter Benjamin Herrera.

No conozco la respuesta ni importa a estas alturas de la vida; valoro la historia como cierta pues él mismo me la contó, muy temprano a la mañana siguiente. “El mar de la historia viene y va, es inútil preguntarse el porqué”, le dije a manera de *consuelo*. Creo que a los dos nos convino escuchar eso. La última vez que me lo encontré, unas semanas antes de su suicidio, quise preguntarle de nuevo sobre aquel extraño encuentro. No lo hice. Recordé las palabras del sacerdote pagano Nestorio, contemporáneo de Flavio Teodosio, quien anunció la predominancia de la oscuridad mental sobre la raza humana. Incapaz de decirnos algo, yo opté por mirar hacia otro lado; él cruzó la calle y se perdió para siempre.

James Joyce afirmó alguna vez que en el corazón de un hombre sólo había espacio para una novela y que las otras eran siempre la misma disfrazada artísticamente. Walter Benjamin Herrera publicó

en vida una sola novela de 191 páginas pero eso le bastó para escribir parte de la historia de la literatura colombiana del siglo veinte. Después de tanta pero tanta agua corrida por debajo del puente, he nos aquí esta noche de viernes, cinco lustros después de su muerte, hablando todavía de él.

ELLA ME RUEGA QUE ESCRIBA DOS CUENTOS MISÓGINOS Y YO VOMITO LOS QUE SIGUEN

*Life is as ugly and necessary as the female
body. Death is as beautiful and necessary as
the male body.*

Aleister Crowley, *Venus Of Milo*

I. Joe Strummer, la expedición Robinson, James y yo

Sólo eran cuatro muchachos ingleses, pero ¡vaya bulla la que metieron por nuestros oídos! Guitarra líder y voz, Mick Jones; bajo y voz, Paul Simonon; batería, Topper Headon; guitarra rítmica y voz, Joe Strummer. Ellos firmaban como The Clash y su furia les alcanzó para hacerle muescas al bastón que sostenía el rock a finales de los setenta.

Si nos hubiese sido dado a nosotros dos llevar un disco a la famosa isla desierta, no hubiéramos dudado en empacar el *London Calling* de nuestra adolescencia: ¡diecinueve canciones, casi sesenta y seis minutos de pura adrenalina! Con esas voces y esos ruidos, ¡bienvenidos el hambre, el sueño, el cansancio, la traición de los recién conocidos, los concejos y los consejos, la sal del mar, la enorme serpiente venenosa y la postiza naturalidad de la presentadora! ¡Oh, Margarita Rosa, si

supieras cómo te odiamos, cómo nos irrita tu aparente tranquilidad, tu predecible discurso, tu olor a hembra follada por otra hembra! Si tan sólo tuviéramos a mano himnos como *Brand new Cadillac*, *Rudie can't fail*, *Spanish bombs*, *Revolution rock* o *Train in vain*, no tendríamos miedo alguno; James y yo seríamos una pareja casi invencible y es casi seguro que el gran premio se derramaría sobre uno de nosotros, pero la historia de los *reality shows* no la escriben los que cargan con The Clash a costas sino los que posan, fingen, mienten, engañan y delatan, así que dejemos de soñar y recorramos por última vez la playa antes de regresar al miserable pan duro nuestro de cada día. Con el mar por testigo, escucha James, *The right profile*, ese impresionante retrato del actor Montgomery Clift, ya decadente y moribundo: la voz de Joe Strummer está ahí, recordándonos que la música es inmortal pero que tu vida y la mía, no. Que lo diga él, que acaba de morir a los 58 años; que lo diga él, que me ha dejado silbando solo en el embarcadero sin olas ni barcas ni música de fondo, eliminado ya de la contienda final, añorando tu risa salvaje, tu acento del sur de Londres, tus brazos que me sostienen a salvo de las calamidades de este mundo...

La aguja hace rato pasta en el surco final del acetato. Desde aquí escucho el eco de tu risa. ¿Te ríes con Margarita Rosa? ¿Serías capaz de hacerme eso? ¡Ay, James, no hables con ella, no le dirijas la palabra, ten presente nuestro pacto!

Pero James Peart está muy lejos de donde está Carlos Humberto Sierra y es cierto que está hablando y riendo con la presentadora y Azucena —la otra mujer finalista—, y es verdad que ya no piensa en algo tan lejano como The Clash ni en algo tan cercano como Carlos Humberto Sierra ni en lo que él dirá cuando se entere de su decisión ni en su vida en común que ya llega a su previsible fin. Es suyo el cheque por 500 millones, lo tiene en la mano, su mano libre de anillos de compromiso y pactos secretos, su millonaria mano que empezará a ser besada por todas las tontas mujeres fáciles de ese triste país.

II. Bienvenidos a los días de Gasset & Ortega

Trascendió que Sir Paul McCartney —compositor, cantante, músico, pintor y poeta— ha decidido reescribir “su parte” de la historia del rock’n’roll. Así como suena. Y es que uno de los hijos predilectos de Liverpool, hartos ya de acostarse y despertarse bajo un cielo gris que ha gritado, por décadas, el crédito de Lennon & McCartney, exige justicia y un horizonte azul hecho a su medida. De ahora en adelante, algunas de las canciones más memorables de la última mitad del siglo veinte se firmarán McCartney & Lennon pues el buenazo de Paul aclara que, en realidad, fue él quien compuso —nota por nota— ciertos títulos y que, mientras la inspiración se posaba encima de su genial cabeza, John se limitaba a mirar a la estúpida Cynthia —su primera esposa— o a la estúpida Yoko —su segunda esposa— o al estúpido techo o al estúpido suelo.

Quedan claros tres puntos: no siempre es posible saber quién compuso una canción, algunos egos no tienen límite y, por último, los muertos —por más que lo deseen— ya no pueden defenderse. Lo anterior es una advertencia para aquellos que han dormido a la sombra de otros usufructuando un poder que no les pertenece del todo: así las cosas, donde antaño decía Marx & Engels debe leerse, a partir de la fecha, Engels & Marx; donde antes se leía Jagger & Richards debe seguir leyéndose Richards & Jagger, y así hasta llegar a los Subterráneos & Cristina, the Vandellas & Martha, Bioy Casares & Borges, the Banshees & Siouxsie, Cher & Sonny, George & Gilbert, Eva & Adán... Pensándolo bien, suena mejor Adán sin Eva, Adán con su costilla intacta, Adán sin Lillith, Padre sin madre, Hijo sin Madre concebido, Padre Generador De Vida, Padre Que Se Fertiliza a sí Mismo, Hombre que No necesita Hembra, Pene Triunfante Que No Requiere Visitar Vaginas Húmedas Para Asegurar Su Existencia, Casa Del Orín Que Apaga Incendios en Lilliput, Miembro Que Se Conecta Al Culo Propio Y Que Flota, Dios del Mundo, Por El Vasto Universo De Los Sonidos Armónicos...

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

EN MI URNA

Esto, que empezó siendo la historia de mi vida, ha devenido ya en el primer renglón, en la historia de mis últimos tres días. El espejo íntimo, el recuerdo perdido y no encontrado, el sinuoso paso del tiempo, la realidad deformada, el ascenso y caída de mi ciudad, tendrán que esperar a que mis temblorosas manos se calmen y lo intenten de nuevo.

–Acércate, dice ella. Cuéntame los detalles. Dime cómo te hicieron hombre...

Y yo entro en su espacio vital, conozco su alma, aprendo a amar sus abismos, sufro sus puestas en escena; finalmente abandono la idea de pasar el próximo Bloomsday a su lado. Estoy muriendo. Pero como aquí no se trata de terminar en cortos tres párrafos lo que duró largos tres días, retrocedo la casetera y hundo, otra vez, el *play* que hoy me martiriza:

Cristina: Empecemos...

Hombre: Bien...

Cristina: ¿Qué es lo primero que recuerdas?

Hombre: Un perro. Es muy tarde. Todo está oscuro. El perro ladra en mi oído y luego se aleja. Estoy cerca de un río. Madre y

padre no están. Nunca han estado. Entonces alguien se acerca y me lleva a la orilla...

Un niño cae en un río congelado. Es sacado vivo por un hombre que pasaba por ahí. Casualmente. Muy temprano, esa mañana, ese niño, hermano de cualquiera, se despide de Madre. Está rara. En el último momento, él se vuelve hacia ella y le pregunta si quiere que se quede a su lado. Él no quiere ir al colegio, no quiere ir a trabajar, no quiere casarse, no quiere cavar su propia tumba. Ella parece sorprendida pero le contesta que no. El niño sale de la casa y ya no vuelve más. Al mediodía cae en un río y luego es izado en medio de silencios. Tenía nueve años.

Cristina: ¿Recuerdas tu nacimiento?

Hombre: Antes de nacer, ya estaba muerto. La ridícula moda angelológica fomentada por el espíritu de la Nueva Era llevó a mis padres a intentar resucitar a un ángel muerto. Lo lograron y por eso los detesto.

Nadie lo ha visto desde entonces, nadie tiene una fotografía suya. Ustedes, mis lectores, acaban de ver, en este renglón, a una mano que se despide del mundo y dice adiós. Es todo lo que verán. Pueden especular, ustedes allá afuera. Soy una mujer que vive en la ronca voz de un hombre mayor, soy una piedra metida en una caja de anfetaminas a punto de ser ingerida, sencillamente no existo, soy una ilusión, soy una criatura que firma sus cuentos con seudónimos para librarse de los acreedores; en fin, soy un simio, soy una calle áspera, caliente, delirante. Piensen lo que quieran, imaginen desde ya el final de esta historia. Con todo, este relato es la única biografía accesible sobre ese niño que cayó al río y sobrevivió al agua helada. Bastante hagiográfica la mirada, es cierto, pues no aborda con objetividad ciertas circunstancias de su pasado. Sin embargo, como información general está bien.

Cristina: Crees en los signos, ¿cuál es el tuyo?

Hombre: Soy el típico Cáncer; lunático, sensible, insatisfecho.

Cristina: ¿Qué día naciste?

Voz de otra mujer: ...fascinante sujeto híbrido y obsesivo... el precario hilo conductor de su vida es un trazo de labial sobre el mapa de una ciudad cualquiera del Tercer Mundo... las pistas de su laberinto pasan por una razonable lucidez... si quieren mi opinión personal, al margen del dictamen médico, diré que su paranoia contagia y convence...

Hombre: 12 de julio...

Segundo día. Llueve. Como nunca llueve en esa ciudad, Cristina no acude a la cita. El hombre agoniza en silencio. No hay registro, por supuesto, de nada de lo ocurrido ese día. El hombre agoniza. Sintoniza a Mozart en un radio de pilas. Agoniza.

Tercer día. Hoy. Esta mañana. La mujer vuelve a aparecer. No dice nada sobre su ausencia de ayer. Al hombre no le importa una excusa. Él se está muriendo...

Permítanme presentarme: soy el hombre que trajo la enfermedad a esta ciudad. Soy un hombre enfermo...

Voz de otra mujer: el niño es ahora un hombre muerto...

Hombre: Sobre mí recaen todo tipo de sospechas, maldiciones, ruidos...

Para que todo eso tenga algún sentido y no sea una mera enumeración de imágenes y sonidos, la escritura del guión cinematográfico que nacerá de este relato deberá adquirir, necesariamente, una arquitectura proustiana...

Cristina: ¿Y a quién ves en tu papel?

Hombre: A Tim Roth⁵, naturalmente. ¡A Tim Roth!, grité, me escuché gritando.

⁵ El sentido de fragmentación y escisión que aflige al autor lo hace nombrar, en otras versiones de este texto, a una serie de nombres entre los que cabe mencionar a John Cazale, Gabriel Byrne, Christopher Walken, River Phoenix, Sean Penn y Johnny Depp, no en ese orden necesariamente.

Voz de otra mujer: Creo que no han entendido lo que yo he entendido. Él dice que es el hombre que trajo la enfermedad a la ciudad...

Cristina: Cuéntame los detalles de tu primera vez...

Hombre: No...

Cristina: ¿Cuál ha sido el lugar más extraño en el que has estado?

Voz de otra mujer: No...

Cristina: ¿Dónde has estado?

Voz de otra mujer: No...

Cristina: Tus padres son...

Hombre: No...

Antes de volver a nacer, él vivía en una de las ciudades más violentas del mundo. No obstante, jamás se topó con un muerto, nunca vio a nadie herido, jamás vio sangre. La violencia de una de las ciudades más violentas del mundo estaba circunscrita a la pantalla de su televisor. Él era un espectador más...

Cristina: Tu color favorito...

Hombre: No...

Cristina: Tu frase preferida...

Hombre: No...

Cristina: Tu libro de cabecera...

Hombre: Una vez estuve allí. Nunca recibí dulces de personas extrañas. Ahora lo recuerdo. Nunca le di la mano a nadie. Yo traje el contagio. Nunca besé a nadie. La enfermedad. Nunca amé a nadie. La muerte. Nunca compartí agujas, cepillos de dientes, ropa interior, condones, botellas de ron, discos, fotografías, recuerdos...

Cristina: ¿Cómo te gustaría ser recordado?

Hombre: Los últimos momentos de mi vida son estos pensamientos desvincijados que llegan a ustedes por medio de este

formato. Dudé mucho en hacer pública mi agonía pero me ganó la infidencia...

(tose sangre, escupe, la bacinilla se desborda, alguien mañana la vaciará).

Este es mi tiempo, estos son mis semejantes. He vivido aquí, ahora me preparo para morir aquí.

Voz de otra mujer: Está muerto...

Hombre: He vivido, he muerto. Entre uno y otro asunto, he perfeccionado el siseo, las toses, los fallos de mi voz. Soy un experto en errores.

Cristina: ¿Quieres que sintamos lástima por ti?

El hombre muere. Ella apaga la grabadora. Verifica que haya quedado todo bien. Sí, está su última queja. Ella ha hecho un buen trabajo, en el diario estarán contentos. No hay dolor. La mujer, Cristina, ha perdido a su hijo a los nueve años y ahora lo vuelve a perder a los sesenta años. No hay dolor. La mujer toma el cuerpo diminuto, encogido por la infección y lo introduce en una urna de cristal. No crema el cadáver como lo había prometido al conseguir la entrevista. Arroja la urna entreabierta al río Cali. Por segunda vez en su vida, el niño ahogado cae al río. Muerto, el hombre de sesenta años se ahoga. De ese río sacan toda el agua potable de la ciudad. En mi urna, floto a la deriva.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

MISERIA DISUELTA EN EL PENSAMIENTO

A ella le gusta cuando yo le susurro frases como, “una alegría que había sentido en la crucifixión de su amor por su madre”, o, por ejemplo, “si hubieras visto a Balzac a principios de sus treinta años, ese es el hombre que hubieras visto”, y me señalo en el espejo. Ella se ríe conmigo pero las mías son puras palabras prestadas, puros chistes viejos. Creo que nunca he dejado de decirle mentiras: hay algo en ella, en su mirada, que me obliga a hacerlo, a pintarle flores cuando no hay sino sombras y nubes que anuncian tormenta; “umbrosas sombras”, como le suelo decir apropiándome de esa sonora tautología melvilliana.

“Daría cualquier cosa por escuchar de nuevo las voces de William, de Ana, de Gustavo”, dice ella y yo le recuerdo que nos hemos trepado a este árbol a esperar el cambio de milenio y que hemos juramos con sangre que vamos a esperar hasta que la vida, allá abajo, se tranquilice un poco para poder bajar. “No seas tonta”, le digo, “te apuesto lo que quieras a que ellos ni siquiera nos han extrañado”. Y es cierto porque ni William, ni Ana, ni Gustavo, ni siquiera el perro de la familia han venido a darnos una vuelta, a ladrarnos, a contagiarnos de su babosa rabia.

William, Guillermo, Wilhelm. Es probable que algún día usted aprenda a tratar a la gente a su alrededor como trata a su animal. Palabra que hay ciertas noches en que quisiera ladrar a ver si usted. A ver si usted me trata. Nos trata. A ver si nos habla, nos dirige la palabra. Sus manos viven únicamente para acariciar la nuca de su perro.

Hambrientos animales torpes, palidecemos los dos en silencio ante las estrellas brillantes, ante el cielo regado por la pólvora de todos los colores, ante las canciones de fin de año que nos llegan como murmullos de un río que cruza los meandros de la mente antes de desembocar en el olvido. Estrellas brillan en el cielo, alguien quema toda la pólvora imaginable en un pueblo miserable, otros tantos bailan al son de viejas canciones que envejecen más cada diciembre. Tenemos hambre pero, esa segunda noche, ninguno de los dos se atreve a decir nada. Tomamos agua, es lo único que hemos traído con nosotros. Yo he leído, en alguna parte, que un hombre logra aguantar hasta dos semanas a punta de agua. Dos semanas y nosotros llevamos ya dos días.

No puedo dormir nada, ella tampoco y es que no podemos hacerlo, conscientes de que sí parpadeamos, si cerramos los ojos unos cuantos segundos vencidos por el cansancio y el hambre, podemos echarlo todo a perder, podemos caer desde lo alto y tal vez rompemos la cabeza, fracturarnos la columna vertebral, aterrizar, sin pena ni gloria, en medio de ese patio triste, amarillo, sin hierba.

Ana. Siéntate. Levántate. Camina hacia las fauces del infierno. En cualquier momento. En cualquier momento. Podemos destruirte. En cualquier momento. En cualquier momento. Entre tú y yo, gotas de lluvia.

A la tercera mañana, tengo la mente llena de pensamientos que pugnan por salir, por encontrar su lugar en esta historia. Alguien se mueve en casa, oigo ruidos, sombras se mueven nerviosas, la mañana pasa lentamente, cuentagotas. Escucho los imperceptibles sonidos de un vecindario amanecido, finjo pensar en otra cosa, pero todos allá abajo —creo— se desvelan con el más leve movimiento de mis párpados agotados.

Tarde. Los muertos de enero, los despojos que arroja el alcohol al suelo, salen a tomar aire al jardín. Ahora sí pienso que nos verán. “No te muevas”, dice ella, señalándome a Gustavo. “No respire”, le digo con señas.

Gustavo. Gustavo: su estúpida manera de caminar, su absurda palidez, su novela. “Su novela”, le dije, me parece estar viéndolo, “no tiene ni pies ni cabeza. Todos esos párrafos insulsos parecen ocultar una carencia. Parecen. No lo logran. Usted no lo logra. Usted no es escritor. Usted no sabe escribir. ¿A quién se le ocurre hacer una novela sobre un locutor radial? Usted es de un simplismo agobiante. Usted es un inútil. Usted es un incapaz, un idiota”, le dije, me parece estar viéndolo. “Nada nuevo añade usted a la historia de la literatura colombiana. Nada aporta. Su novela es repetitiva, monótona, tonta. Usted es un sentimental que todavía cree que algo le sucederá, pero no, Gustavo, nada va a suceder porque usted no merece que algo le suceda. Usted no existe para mí”, le dije, me parece estar viéndolo más blanco que nunca.

¿Será ya medianoche? Añoro el sonido del televisor. Odio la electricidad —eso lo sabe cualquiera que me conozca— pero no dejo de extrañar las voces estridentes de algún programa de variedades. O tal vez, extraño, a esta hora, una vieja película en algún canal extranjero. Cualquier historia, con tal de que sea extranjera: supongamos la historia real de un anciano muy viejo que viaja en un tractor desde Iowa hasta Wisconsin para reencontrarse con su hermano, otro anciano muy viejo. Sí, lo sé. Basura y más basura. Mil kilómetros de distancia entre Iowa y Wisconsin, y mil kilómetros de basura en el televisor, pero aun así, quisiera estar allá abajo, aburriéndome y durmiéndome con esa historia tan sencilla.

Quiero pegarle un tiro al televisor. Quiero arrojarme al tarro de basura. “Quizá vivir dentro de un tarro de basura sea el mejor de los mundos posibles”, me repito, dándome fuerzas. “No, no”, me digo. “No desfallezcas. No desees el mundo que repudias, no le des la mano a quienes te escupen, deja atrás lo que detestas, líbrate de

William, de Ana, de Gustavo, súbete al árbol con la única persona que te entiende y acepta como eres. Convéncela, dile que la necesitas, que su presencia allá arriba es definitiva”, pero mi voz, mis frases son cada vez más inaudibles y se pierden antes de llegar a mis oídos.

“¿Qué estás diciendo?”, pregunta ella y yo callo el resto de la cuarta noche. Le doy un poco de agua. Cambios en la casa paterna: éste mueble pasa de aquí para allá, éste otro se quedará ahí hasta que William, Ana y Gustavo mueran y tras eso será arrojado al fuego eterno. Alguien. Muera. Algo.

La interminable y muy calurosa novena noche...

¿QUÉ ES TAN DIVERTIDO ACERCA DE LA PAZ, EL AMOR Y EL ENTENDIMIENTO?

—Cuatro, dijo el Jaguar.

Y yo le vacié a Ian las cuatro que quedaban en la recámara. Irreconocible habrá quedado. Sin atreverme a verlo, lo alcé como pude y lo colgué de la viga de su cocina. 18 de mayo de 1980.

Rosa, mi madre, me enseñó a respetar a las mujeres. Por eso yo sólo le disparo a los cantantes de rock —cariotipo masculino normal 46, XY— ya sean éstos atléticos ejemplares de pelo en pecho, melena larga y entrepierna abultada o hipocondríacas estrellas fugaces o perdedores ávidos de lecturas sobre el saber esotérico y las ensoñaciones oníricas o enanos rapados con una oxidada cuchilla de afeitar o largas cadenas de oro de 24 quilates que hacen las veces de perros bravos y que arrastran, por la calle del éxito súbito, a ridículos esqueletos. Me gusta el olor de la carne humana cuando la bala que lleva mi nombre hace su entrada por entre músculos, agua, nervios, sangre, huesos. No hay nada que el dinero no pueda comprar: apenas los trece guardaespaldas miran hacia otro lado y yo me abro paso, revólver o pistola en mano, por entre camerinos, espaciosa habitaciones alfombradas, salas de espera de aeropuertos o sordos estudios de grabación, la

adrenalina dicta mis pasos. Míralo ahí está: se llama a sí mismo “la gran esperanza blanca del rock and roll”; obsérvalo bien: se nombra a sí mismo “el dueño del *rhythm and blues*”; sorpréndelos ahora que los tienes a mano, bórrales esas sonrisas de aviso de media página. Bye, bye; están muertos.

Rápidos son mis días, fugaces mis noches. Una o dos guitarras, bajo y batería es todo lo que cuenta. El rock es mi religión. En ese altar únicamente quepo yo. Los demás pueden confesarse, pagar su diezmo o rezar que yo no los voy a escuchar. 2 de febrero de 1959. Abordo una avioneta en compañía de Ritchie Valens y Big Bopper. Volamos de Iowa a Carolina del Norte. Volamos hacia el cielo, hacia la historia. Antes de precipitarnos a tierra, forcejeamos. Suena el arma; la mía. Buddy Holly. La prensa habla a la mañana siguiente del “día en que la música murió”. Por un milagro de la naturaleza, salgo del aparato sin un solo rasguño.

3 de Julio de 1969. El señor Lennon dice de él: “cuando te llama por teléfono es que se avecinan los problemas”. Tiene razón. Una rata como Brian Jones no tiene derecho a vivir. En junio anuncia su retiro de la mejor banda de *rock and roll* de la historia. Para mí no es suficiente. Jones debe sellar su bocota para siempre. Entro a su casa campestre, lo llamo por su nombre y lo alcanzo por la espalda. Bang. Arrojo su cuerpo herido a la piscina. Flota. Dulces sueños. Ha escrito su propio epitafio: “no me juzguen con demasiada severidad”. Reviso los diarios. Ni una palabra sobre mí. La prensa no cesa de alabar al drogadicto.

Soy la persona que bautiza a Janis Joplin como “el hombre más feo de la universidad”. En verdad es horrible. Pero es mujer. Siento defraudarlos: la dejé vivir. Tuve la oportunidad de llevármela para el otro lado pero no fui capaz. Es más frecuente —me lo susurró, una vez, el poeta Tomás Segovia— arrepentirse de una corrección ulterior que de un error inicial. Janis: pienso en su voz como un desgarró. Y es que Miss Joplin se entregaba en cada canción como si fuera la última y única vez. Su cielo tenía nubes: le encantaban el whisky y

algunas drogas más que otras. 4 de octubre de 1970. La vida la encontró muerta en una habitación de hotel. Yo, lo juro, no tuve nada que ver con el hecho.

Jim Morrison sí es muerto mío. Quería ser poeta. Si hay algo cierto en el mundo es mi odio hacia los poetas: Blake, Baudelaire y Rimbaud son basura para mis oídos. Cuando empecé a leer las lápidas que le colgaban, me dije que era hora de actuar: “el evangelista ácido del rock”, “el rey del rock orgásmico”, “el misionero del sexo apocalíptico”. ¡Diablos, el barbado bardo estaba en problemas y yo era la persona que lo iba a sacar de apuros! Cuando lo llamaron “símbolo sexual”, el sujeto engordó como un cerdo y huyó a París. 3 de julio de 1971. Morrison tenía 27 años. Me le acerqué por delante y le encajé una amante mía en su pecho. La prensa habló de “ataque cardíaco”. Sin duda.

Syd Vicious: odio, de entrada, sus frases hechas. “Somos *punk*, escándalo, no futuro”, “Vomitamos rabia y nos vomitan dinero”. Hablo con él una vez: pelo erizado, palidez cerúlea, aspecto granujiento y estupidez no fingida. Un chico así no puede estar por ahí. Hay que hacer algo. Rápido. Yo tengo que hacer algo y lo hago. Como mis manos no se untarán jamás de la sangre de una mujer, le pago un dineral a alguien para que se encargue de Nancy, la asquerosa novia del vicioso. Aparece apuñaleada. A Syd lo acusan y lo encarcelan. Quiero contar la verdad pero no digo nada. Todo resulta muy patético. Liberado bajo fianza, mi hombre toca fondo. 1 de febrero de 1980. Tiene 23 años y ya está muerto. Le acabo de pegar un tiro en la sien derecha. Los médicos dicen “sobredosis” porque no quieren reconocer que $2=2$. Mi saga no trasciende. No importa, ahora ustedes lo saben y eso me basta.

Ahora estamos donde empezamos: 1980, mayo. El Jaguar, Ian Curtis y yo:

–Lo mejor, dice el Jaguar, es amarrarle las patas y el pico. ¿Y las alas, qué me dices si me capa a punta de aletazos, qué me dices?

–No, Jaguar, le digo. El hombre está bien muerto y no nos va a hacer nada.

Salimos de ahí. Nos emborrachamos cantando canciones de María Luisa Landín y Juan Gabriel. Nos quedamos dormidos con la luz encendida.

Elvis, Jimi, Keith, Bon, Marvin, Andy, Kurt, Jerry, Michael: todos sus cadáveres llevan mi rúbrica. Nombres que despegan, que aterrizan, que borro de mi agenda de vuelos. A Lennon no lo maté yo: como cualquier sabe, su ángel de la guarda se llama Mark David Chapman y no este servidor. ¡No soy el único gatillo que anda por ahí haciendo lo que cree que es necesario para limpiar al mundo de tanto mal!

El Artista Antes Conocido Como Prince es una de las últimas noticias de este largo viaje. Su bebé nace con una grave malformación de la caja craneana. 23 de noviembre de 1996. Su engendro muere en un hospital de Minnesota. Ha nacido con el síndrome de Holtermuler–Wiedermann al cual pocos recién nacidos sobreviven. “Escucha una música más bella que la que nosotros podríamos interpretar nunca en la tierra”, declara su esposa Mayte al *National Enquirer*. Yo me digo: esta es mi oportunidad para librar al mundo de su chillona voz pero apenas lo tengo al frente no soy capaz de añadir más sangre a su tragedia. Huyo del lugar. Sudo frío. Arrojo la Beretta (características: calibre 9 milímetros, parabellum; longitud: 215 milímetros; peso vacía: 970 gramos)⁶ al tarro de basura de un motel. Me orino en la cama. Me cago. Escribo en mi diario, mi letra es irreconocible: *envejeciendo*.

Oh, las mujeres. Las mujeres, en cambio. Voces de mujeres. Para las cantantes no habrá nunca una palabra de mi MR73 (calibre: 357 magnum, 9 milímetros). Mujeres. Otro cantar. Que canten todas. Que canturreen, tarareen, reciten, gorjeen, trinen, chirreen, solfeen, entonen, copleen, berreen, cacareen, gorgoriteen, interpreten lo que quieran. Que desentonen, incluso. Con ellas no me meto.

⁶ Conozco mi oficio: John Hinckley le disparó a Ronald Reagan con un revólver Saturday Night Special calibre 22, Mehmet Ali Agca le disparó al Juan Pablo II con una pistola semiautomática Browning 9 milímetros. ¡Ambos fallaron! ¡Principiantes!

Me miro en el espejo: arrugas, muchas. Polvo, tierra, mugre. Sí; ya ni me cambio de camisa y pantalón. Hace rato que la fortuna familiar se despidió por el desagüe. Escribo dos nombres más en mi lista. Ni uno más. Estoy sudando, cansado, arruinado. Viejo. La prensa habla de un rabioso oportunista que “mata por matar”. Si algo tengo, son razones válidas para hacer lo que hago: mis oídos sangran cuando escucho a un hombre susurrar, cantar o gritar. ¿Quién les dijo que podían hacerlo? Yo no. Sepan que hago lo que hago porque *tengo* que hacerlo. Alguien dice que el “asesino de estrellas de rock es un exhibicionista obsesionado con la idea de ser reconocido”. ¿Leí bien? A la jovencita que escribió esa sandez le debería dar su merecido. Pero es una mujer y, como me enseñó mi madre, a las mujeres *ni con el pétalo de una rosa*.

—¿Vas a seguir en lo mismo?, dice el Jaguar.

—¿Quieres decir matando? Supongo que sí. La puta cabra tira para el puto monte. Por ahora me convendría salir de esta puta ciudad.

—Yo soy tu amigo, dice el Jaguar. Avísame si puedo ayudarte en algo.

—Sí puedes, le digo. Págame estas putas copas. No tengo un puto dólar.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

HYPNOTIC BEBOP SOLILOQUIES

Tú—dices mirándome a las gafas—eres una errata formal advertida. Y continúas diciéndome cosas feas durante toda la noche: que yo soy *esto* y lo *otro*, que cuando yo digo *hoy* es *ayer en la tarde*. Yo finjo escucharte pero clavo la mirada en el televisor de tu diminuto cuarto. Una pareja hace cosas obscenas. Yo nunca he puesto mi boca en ese sitio pero ni se te ocurra cambiar de canal, Edna.

Pienso para mí: tú, idiota que me hablas y que no tienes ni idea de lo que me hablas, escúchame bien, te hablaré como Ordell en *Jackie Brown*, oye mi jerga que te plantea, sin duda, grandes problemas de significación, incluso para ti, que naciste Allá: mi *beloved grandmother* cuando me escuchaba hablaba de *hypnotic bebop soliloquies*, con el evidente afán de relacionar mi parla con el estilo de su adorado Charlie Parker. *Nuestro*, si yo me cuento con ella y te dejo en la solitaria calle. Tú estás mejor afuera porque eres otra orilla, eso te digo yo. Afina el oído, pega tu oreja, escucha bien; te contaré la siguiente anécdota: “es muy curiosa la lección de idiomas que le da Bruce Willis a María de Medeiros en *Pulp Fiction* sobre cómo hablar portugués, porque ella domina el portugués perfectamente (ella, la actriz, nació Allá, tú eso lo sabes o si no lo sabías pues lo acabas de

aprender). Eso se debe a que en la versión original lo que le enseña es a hablar español y no portugués, puesto que su destino de huída es las Islas Canarias”. Vaya, vaya, vaya. Ja, ja, ja. ¿Entendiste o te lo repito? Escucha lo que tiene este mayúsculo error para decirte: yo conozco a John Travolta. Travolta, ¿entiendes? Lo conocí en casa de Tarantino. ¿Entiendes? No te voy a decir qué estaba haciendo yo ahí porque eso es cocaína de otro costal, así que simplemente te referiré que cuando Travolta visitó por primera vez en 1993 la casa de Tarantino comprobó asombrado que era *el mismo lugar* donde él había vivido al llegar a L.A. en 1974. ¿Oíste bien? Esta grave anomalía que tú tienes al frente, fue testigo del siguiente diálogo, en donde Q. le increpa a J. (que fue comparado con Brando; créelo porque lo que yo te digo es la verdad pura) el hecho de protagonizar películas en donde comparte pantalla con bebés parlantes:

Tarantino: Tú, ¿a qué te dedicabas antes, John?

Travolta: ¿Cómo dices?

Tarantino: ¿Es que no te acuerdas de lo que dijeron de ti Pauline Kael, Francois Truffaut o Bernardo Bertolucci? ¿No te das cuenta de lo que representabas en el cine norteamericano?

Siguen esos dos haciendo cosas raras hasta que gritan *aaagggghhh*. Y se callan y ruedan los créditos más rápidos que alguien recuerde (él, Penguin; ella, Cymbeline; the end) y yo te miro a los ojos azules.

Quincenalmente nos reunimos a despellejarnos. Mi mansión, tu pensión. Tú contra mí y yo contra el mundo, tú ahí. Hoy, como siempre, estás hablando basura. Alcanzo a escuchar... “...lo del error es cierto, aunque sé que te puede molestar...”. Sueño, mientras tanto, con un lenguaje que esté por encima de todas las lenguas, una especie de gran texto madre que no se circunscriba a una única tradición específica sino que tome prestado de aquí y allá para así instaurar su nuevo orden. Un texto en donde no aparezcas tú. ¿De qué demonios hablas, acaso te oyes? Calla, Edna, te digo. Cállate de una buena vez, *shit*. Pero su boca —tu boca, la que fuera mi boca— sigue hablando.

A ti, Edna, nadie te puede callar: todo tú, Mario Fernando, eres una suma de equivocaciones. Y dale conmigo: contigo no es posible atrasar y adelantar la cinta, no vale la pena. Tú no naciste para releerte, contigo basta interrumpir y cerrar. Para que no creas que exagero, registro a continuación algunas de tus imprecisiones:

–En *The Virgin Story of Rock'n'Roll* aparece el nombre de la cantante kd lang, escrito así, con minúsculas en lugar de las horribles mayúsculas que tú le regalas.

–Es Wim Wenders no Win.

–Tú mencionas dos filmes, *Fiebre del sábado por la noche* y *Banda aparte*, como influencias de la secuencia del baile en *Pulp Fiction*; te faltó agregar una tercera, todavía más extraña (por Dios, Marito, ni Badham ni Godard): la de la película *Los aristogatos* de Walt Disney.

–No vuelvas a decir Peter Seller, en mi presencia di Peter Sellers.

–El título de la película es *The harder they fall* y no *The herder they fall*.

–El verdadero nombre del crítico de cine de la revista Time es Richard Shickel y no Scikel.

–Te equivocas cuando dices que la traducción de *fucking nigger* es maldito amigo...

¡Cierra el pico!, ¿sí? ¡Mejor ensayemos *la mujer arriba* (yo provooco el orgasmo mutuo levantando y apretando las nalgas, al mismo tiempo que realizo movimientos circulares con las caderas; tú debes tensar tus músculos anales y vaginales para intensificar las sensaciones) o *con las piernas levantadas* (tú apoyas una o ambas piernas en mi tórax y mis hombros mientras mantienes los muslos cerrados; cuanto más los cierras, más intenso será el contacto de tu vagina con mi pene; yo tengo que alternar las penetraciones superficiales y suaves con otras más profundas)! ¡Vamos, cállate y mejor...! Pero nadie bautizada Edna ha nacido para callarse, así que...

–No sobra decirte que Takakura Ken ha sido llamado el Clint Eastwood japonés y que su nombre artístico significa *tough one*.

–No es del todo cierto que el soul que escucha Jackie Brown sea de los setenta; específicamente, los éxitos de los Delfonics como *He don't really love you* o *La la means I love you*, son de 1966 y 1968, respectivamente.

–Tu traducción de la frase sobre la aerolínea mexicana es bastante desafortunada y, por lo demás, innecesaria: ¿qué quiere decir “la más mierdosa pequeña maldito pedazo de lanzadera de mierda de aerolínea mexicana que hay?” ¿Qué es eso, Mario?

–Es bueno añadir que en *Quadrophenia*, el álbum de The Who que luego devino en una película (dirigida por Franc Roddam), hay una canción llamada *Bell Boy*.

–Seth es el nombre de un antiguo dios egipcio del caos y la confusión.

–Ayer se te deslizó una joya: ¡*Any given Sunday* versa sobre el fútbol americano y no sobre el béisbol!

–Juras que *Reservoir dogs* fue prohibida en Inglaterra. En la “Guía del cine independiente americano de los 90” se menciona explícitamente a Irlanda y no a Inglaterra.

–El apellido correcto del reputado *senior writer* de la revista Time es Hughes y no Hugues.

Afuera empieza a llover sangre y yo estoy en tu diminuto cuarto. Una sola cama, desvencijada, estrecha, en una azotea de la Bella Villa. Nueva Villa del Aburrá, Bloque F, Apartamento 305. Ya jadearemos otra vez. Tú desnuda, yo limpio. Dos somos. ¿O son uno los dos? Le aumento el volumen al televisor. Aun así, alcanzo a escuchar tu voz. Y miro hipnotizado a otros dos que también hacen cosas muy pero muy feas.

HIJA HABIDA EN UN MATRIMONIO ANTERIOR

Lucho contra una orquesta de voces en mi cabeza. Los gritos son un componente de la vida de muchas personas, lo sé, pero mi caso es distinto. Ríos de voces, eso oigo. Cada grito —una voz: muchos gritos— es un dispositivo que, con la sucesión automática de cien notas completas, emula el sonido de diez motores. Motores que rugen en mi cabeza, eso oigo...

Escribir ayuda, lo descubrí una mañana de enero, hace siete años. Escribir me hace pensar en comas, pausas, paréntesis (he escrito poemas, cuentos, novelas, reseñas varias; dicto clases de español en una universidad pública de provincia; desde hace año y medio frecuento a una alumna aunque me niego a dejar a mi novia). ¡Dios!, necesito sacarme los ruidos que chillan allá adentro... Me siento mal al contar lo que voy a contar, pero lo haré... ¡Lola, dame fuerzas!

Ayer por la noche me llamaste pero cuando llegué ya era tarde y M. sólo me lo dijo esta mañana. Te iba a llamar como a las 11:30 porque estaba soñando que me pelliscabas (no sé si se escribe así). Esta mañana te llamé pero ya te habías escapado a tus clases. ¿Nos vemos hoy por la noche? Me vino la r... Quiero besarte y decirte que la fidelidad existe. Ahora voy a buscar casa. Besos y no pienses en pagarme nada, mi vida, que lo que te puedo dar me hace tanto

bien como a vos, además la vida siempre te tendrá cosas buenas, ideas buenas, gente linda, amanecerés bellos...

Ya conocen la trama: no hay trama. Esta pluma es incapaz de crear situaciones, diálogos, personajes. Sobre lienzos en blanco vierto mi frustración. Sé que no tiene gracia, pero es lo único que hay. No hay literatura, no hay historia, no hay nada salvo rabiosas palabras de un hombre que mañana soplará la torta de sus treinta años. Sí, la vida personal *no alcanza* a ser literatura —como me lo recuerda, ebria, Lola— pero aún así yo insisto en mi camino y las pruebas de imprenta no tardan en llegar y me veo a mí mismo corrigiéndome, borrando aquí, puliendo allá, ¿en Santa Rosa de Cabal hace demasiado calor, no es cierto? No, dice ella, aquí hace frío, mucho frío. Entonces, estoy enfermo, agonizo, muero delante de ti y parece que eso no te conmoviera. De hecho, no me dice nada tu acto, contesta. El silencio que añoro se posa entre nosotros, Alberto y Luz, hasta que una palabra mía lo espanta, lo obliga a sentarse en otro lado: *perra*, ¿qué dijiste? Nada, yo nunca digo nada, estoy agotado, agonizo, muero delante de mí.

Recorrió su espalda/ sus pies/ sus manos/ su piel blanca/ su alma desvanecida/ su sexo/ y se fue a las 3:20 .../ y ella en la habitación/ a las 3:21.../ sola con su olor/ sus palabras /su recuerdo/ su boca/ y su sueño/ besos amorcito corazón

Durante los meses de junio y julio, Luz aguarda con irritación cada movimiento mío, mis repentinos cambios de humor. La casa de campo que nos han prestado sus parientes pobres está a punto de venirse abajo. La perra faldera ladra cada vez que parpadeo. Una curiosa mezcla de licores me produce insomnio; no descanso, corrijo febrilmente adverbios terminados en *mente*, mi cabeza no da más, va a estallar, estalla, estoy muerto, agonizo, estoy agotado, enfermo, me veo a mí mismo corrigiéndome, reemplazando *a mi madre la mataron*

lentamente los malos tratos de mi padre por una prosa menos borrosa como mi madre murió un lunes de noviembre, contemplé su maquillado rostro en el ataúd y maldije al resto de mi familia; es cierto, la pluma está afilada, eso nadie lo puede negar.

Voy en un tren de dos vagones: en el primero se celebra la fiesta de los muertos, hay muchas flores de todos los colores para tapar los osarios, estén ocupados o no. Cada osario no mide más de dos metros. Todo es blanco. Yo corto las flores con alguien y aparecen vos, me preguntas qué estoy haciendo y yo te respondo y enseguida decidimos ir a otro vagón para hacer el amor, allí no hay nadie, está solo pero es como un laberinto. El caso es que encontramos donde lo vamos a hacer pero en ese momento llega una pareja hindú y nos pide azúcar y yo les digo que aquí no hay pero en el otro vagón sí. Salimos después de ellos, pero ellos no pueden encontrar el azúcar. Nos quedamos ahí mirando hasta que lo logran y se van. Luego de esto yo decido alcanzar el teléfono para llamarte, pero contesta tu hermana...

Apartada y austera, Luz espera el envío mensual de un dinero desde Caracas. Algo es algo para quien nada hace salvo tomar *polaroids* de mi boca. Acércate, no me huyas, amor. Si no tenemos para cenar pues, nada, no almorcemos, no te preocupes por el cheque que ya llegará, tu padre no te desampará, él jamás morirá, vivirá por siempre, te protegerá de todo mal y peligro. ¿Queda Caracas muy lejos de Santa Rosa de Cabal? Dímelo, amor, sácame de la ignorancia, húndeme en tu infinito saber, dime que sí, dime que ahora te acercarás y dejarás que te toque, penetre, aparte de mí, te olvide, no me hables así desagradecida, ¿quién fue la persona que te dio la mano y te sacó de esa habitación estrecha que compartías con M.? Sustituyo un nombre por otro, no vaya a ser que mis amistades reconozcan la camisa manchada de carmín y sepan de quién hablo, NO, NO, NO, eso sería demasiado, retomo el hilo, ¿dónde habíamos quedado?, ah sí, estábamos discu-

tiendo: mira donde nos revolcamos por culpa tuya y de toda tu inútil familia, quédate lejos, muérete si quieres, déjame descansar, ¿sí? Te dejo descansar. Tomas, sin pausa, fotografías de mis manos que envejecen, que se marchitan, que no pueden escribir nada original, que buscan frases en otros libros para presentarlas como mías.

El marqués de Sade era capaz de reír, yo no. Soy incapaz de reír leyendo lo que me escribes:

Anoche me llamaron, me preguntaron por vos y yo dije que estabas bien y que de vez en cuando nos veíamos... luego de eso me contaron lo que ya sabía pero con más detalles, para ser concreta tu noviazgo ha dado mucho de qué hablar en la U., te estás volviendo más famoso de lo que ya eras... pero esto no es un reclamo ni mucho menos, si las 18 primaveras te hacen feliz eso es lo importante, “lo que la gente diga no tiene relevancia”. Me pregunto si vos sos el que necesita pensar las cosas, el que necesita tiempo...

La distancia necesaria. Bautizarla Luz en lugar de citar su nombre verdadero. Situar esta escena en la Casa Pellet, junto al lago Star-nberg; ella, una mujer que se apresta a cumplir treinta años, recién divorciada, con un feto muerto en su vientre; yo, una sombra que piensa que cada infidencia es consuelo. No pulular por los aledaños sino intervenir en los acontecimientos principales, eso haré: es junio y ya nos amaremos esta noche, Marte está muy cerca, nuestra unión se sellará con sangre de tu cuerpo, tu hija habida en un matrimonio anterior dormirá en la habitación contigua. Ella permanecerá ahí mientras nosotros nos hurgamos y nos hacemos daño. Estará ahí tres días y le parecerá que ha transcurrido un siglo; cuánto durará eso, cuánto tiempo más pasarán juntos, cuánto se prolongará este párrafo, eso lo ignoro...

La distancia necesaria. La anécdota debe transformarse. Dentro de cientos de años, algún geólogo leerá este pedazo de humus como verdad. Los artistas ya no se abstienen de moralizar, escriben sus

cuitas para que alguien aprenda. Si algún fanfarrón te niega en El Patio pero te busca en privado para follarte, eso se sabrá. Si compites con tu marido para saber quién es el mejor anfitrión de una fiesta sin invitados, eso se sabrá. El término “postmoderno” fue introducido en 1975 por Jencks, un arquitecto. Tú y yo nos conocimos y escupimos en el 2002; sin embargo, situaré esta historia en 1864. Wagner, compositor distinguido, toca la puerta, ábrele, déjalo entrar, dale la mano, tanto gusto, todos tenemos *algo* que esconder y saber...

Tú simpatizas, de entrada, con Cosima. Será la edad, pienso. Richard es difícil. Es la diferencia de edad, digo por decir. Él mismo me aventura su diagnóstico: soy neurótico-histérico, neurasténico (nervioso como resultado de la condición de creador) y de temperamento hipomaniaco (egocentrismo como estímulo de la combatividad). La velada es perfecta y tú ganas el título de la mejor anfitriona. Los cuatro recorremos la casa de campo que nos han prestado tus parientes pobres y que está a punto de venirse abajo, la perra persigue a Richard; Isolda se llama, bromeo, Eva se llama, escupo, Lola se llama, confieso. Se llamará Lola pero el genio de Leipzig le da una patada que la regresa a sus nombres antiguos. Es sólo una perra, escupo. La saliva en el piso me ayuda a desembarazarme de algunas innecesarias baratijas que resuenan en mi cabeza. Gracias, Maestro, le digo. Y ya después, cuando él y ella se marchan dejándonos solos, le grito, les gritamos (pues alguna actividad debimos hacer bien juntos, no todo era ese horror que ahora describo):

¡uno y todo!,
¡encarnación de nuestra bienaventuranza!,
¡sublime y divino amigo!,
¡fuente primera de la luz de nuestras vidas!,
¡alegría de la existencia!,
¡supremo bien!,
¡todo!,
¡salvador del que recibimos la dicha!,

¡bendición venida de afuera!;

damos por hecho que Wagner se acostó ese 29 de junio pensando en nuestras flores.

Esto ha sido verdaderamente bello, la gente es maravillosa. No te había escrito antes porque, primero, al día siguiente de llegar me fui para Cienfuegos y allí me quedé hasta el jueves y, segundo, esto del internet acá es complicado y carísimo, una hora vale \$15.000, ¿qué tal? Bueno, por otro lado leí el correo que me escribió C. y me dijo que E. está escribiendo un libro sobre la fotografía en el Valle del Cauca y que quiere que le mande mi trabajo. Casi me muero. Lástima que no estés aquí para haberlo celebrado juntos... Te amo, nos vemos. Gracias por escribirme y pensar en mí.

Las pruebas de imprenta no tardan en llegar. Me veo a mí mismo corrigiéndome. Tú persigues mi boca y mis manos por todo el universo *polaroid*. ¡Mi boca estará en boca de todos! Corte brusco. Cambio de plano: me veo leyendo un e-mail urgente: *en la mayoría de tus cuentos se refleja un desconocimiento de los recursos narrativos y de los valores formales del género en nuestra lengua. Una buena parte está escrita en un idioma pobre y local, plagado de repeticiones, monotonía y facilismos sintácticos, en una prosa carente de sonoridad y ritmo, en el que el énfasis está puesto casi exclusivamente en la anécdota. Más que la tradición de la lengua escrita es el lenguaje hablado y el de los medios el que da la pauta a tus narraciones. En resumen, Alberto, aquí en la editorial hemos decidido que (...) atentamente, Héctor F. Vallejo...* Hazte a un lado, Luz, déjame leer esto... *parece importante...* ¡Basta, deja de girar alrededor mío con esa cámara del demonio! ¡Déjame solo!

(...)

Soy incapaz de la ironía, me hundo en el subjetivismo sentimental. Aunque suene extraño, redactar esto me hace bien. Mi quema pública sirve para conservar algunos de mis rasgos que, seguramente, no habrían sobrevivido a una más larga exposición a la luz. A Luz. Sí, la vida personal no alcanza a ser literatura.

(...)

¡Cállate tú también y vete de aquí!

¡Muévelo ahora, Lola!

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

FOTOGRAFÍAS HALLADAS EN EL ASIENTO DE ATRÁS DE UN TAXI

Mi padre me pidió que hiciera tres cosas: una, que cuidara de mi madre; dos, que dispersara sus cenizas por el rancho... No puedo recordar cuál era la tercera. Hice parte de lo que me pidió: desparramé sus cenizas. Recorrí las montañas con una cajita que había sido de mi padre y que pesaba unos siete kilos. Tenía la sensación de que estaba allí conmigo. Encontré un lugar desde donde podía hacerlo y lancé las cenizas al viento. Al viento y las cenizas fueron a darme contra la cara, contra la boca y me encontré comiéndome a mi padre. Fue el viaje más raro de mi vida. ¡No podía quitármelo de la boca! Era como si hubiera tragado toneladas de cenizas. Muy raro.

Jonathan Sedgwick, *Edie*

Mi padre sintió cansancio, durmió, tuvo hambre, sed, agonía física, estuvo sujeto a las condiciones humanas de crecimiento físico y mental. Mi padre murió en brazos de mi madre pero mi padre jamás se mostró débil o enfermo ante mí o mis tres hermanos. Si el conocimiento de un hombre está sujeto a limitaciones, debo decir que no conocí a mi padre o que lo conocí a medias, siempre rozagante, simpático, dicharachero, dueño del mundo.

Mi padre viajó mucho. En casi todos los otros asuntos, fue hecho semejante a sus hermanos y hermanas —mis tíos y mis tías—, pero a diferencia de ellos, mi padre tuvo la suerte de viajar a tierras lejanas de donde regresó cada vez con una palabra nueva bajo la lengua. Yo no recuerdo que mi madre haya salido de nuestra casa.

Mi padre fue un hombre real, en cualquier aspecto. Por tal razón, debió sorprenderse mucho cuando lo eligieron, entre todos, para redimir al Hombre. ¡Qué amor tan grande sentía mi padre por los demás, así que imaginen el dolor que debió sentir al rechazar tal honor! ¡No se consideraba digno de tal tarea! Por eso, dijo no, y cerrando la puerta de la casa, salió de viaje, una vez más.

Es un principio de interpretación vicioso el que dice que debemos leer cada pasaje de la vida de un hombre de tal manera que se pueda reconciliar con cualquier otro pasaje. Por ese camino no se llega lejos. Mi responsabilidad es contar esta historia sin buscar sentidos ocultos en el texto en estudio. Dejemos atrás el difícilísimo cuarto párrafo de todo cuento e inauguremos uno nuevo para relatar, con cierto detalle, el episodio de la vida de mi padre que nos ocupa.

Mi padre viajó mucho, ya lo dije. Mi padre fue invitado a muchos lugares. A mi padre le fue revelado, una tarde de julio, el amor por los demás. Mi padre repetía que el amor por los demás consistía en dejarles su propia paz y su propio gozo. Suena sencillo: es verdad. Mi padre viajó por todo el mundo repitiendo esa frase a quien quisiera escucharlo. Siempre tuvo a quien decírsela. La verdad es una flor que florece raramente en el corazón de los hombres. Habitados a convivir con higueras secas, el suave tacto nos asusta, nos llena de

temor y desconfianza. Mi padre no desconfiaba de ningún semejante, ¡por algo había sido escogido para redimir al Hombre y por algo le había sido revelado el amor por los demás!

En Nueva York, un septiembre de comienzos de siglo, mi padre detuvo un taxi. A pesar de que el rostro de mi padre era bastante conocido en casi todo el mundo, el taxista no lo reconoció. Mi padre le habló del amor por los demás. Le dijo —palabras más, palabras menos— que el amor por los demás consistía en dejarles su propia paz y su propio gozo. El taxista no hablaba inglés pero mi padre se convenció de que el hombre le había entendido.

Nueva York es una ciudad muy bella, aun en ruinas y en medio del polvo. Como no quería seguir viendo el horror que se despertaba ante sus ojos, mi padre miró hacia el interior del taxi. Allí encontró una bolsa negra, pequeña, ajada. Curioso, la abrió. Vio fotos. Cuatro, para ser exacto. Las fotografías le mostraron cómo íbamos a ser, de adultos, sus cuatro hijos que todavía no habíamos nacido. ¡Yo no había nacido y mi padre ya sabía cómo iba a lucir yo a los quince años!

Afuera hacía calor y había polvo por todas partes. Aquello parecía el fin o el nacimiento de algo. Mi padre hizo detener el taxi. Dejó el sobre en el mismo sitio donde lo había encontrado. Pagó. No esperó la devuelta. Cerró la puerta y se perdió caminando entre la multitud que corría, enloquecida.

Mi padre nunca regresó a Colombia. Esta es la primera vez que pronuncio su nombre.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

**PRECARIA SITUACIÓN ECONÓMICA:
SOLICITO AUTORIZACIÓN AL PASADO
PARA VENDER ESTOS RECUERDOS**

Viernes. No, sábado. He perdido el rumbo de mis días. Todo es igual para quien cada sol trae sombras idénticas. Sábado de noviembre. Al sentarme en una mesa, descubro que a mi lado rumia parte de mi pasado: Victoria y Benja han venido a devorar vísceras al mismo comedor criollo. Saludos de trámite. Preguntas van y vienen. Silencios apresuradamente colmados con frases hechas. Si entonces no hablábamos, ¿porqué hacerlo ahora? Porque sí. Es el tiempo mi debilidad. Lo que se deja atrás ninguna fe logra resucitarlo. No hay salvación, luego bebamos. Vicky —ya es Vicky, siempre fue Vicky para mí— sirve dos cervezas. Benja se excusa: “desde 1978 no bebo”. Vicky y yo brindamos contra su mano al aire, contra su vaso de agua, oxígeno e hidrógeno hecho líquido; todo bien, viejo Benja, yo también estoy a un trago de dejar el alcohol...

Tiempos ha. Pen American Center presents a tribute to Gabriel García Márquez, Town Hall. 123 W. 43RD Street, NYC. Wednesday, Nov. 5, 2003. 8 p.m. Admission \$35. Pero, si me la regalaron, tonta, ¿crees que sería capaz de dilapidar nuestro fin de semana invirtiendo en semejante estupidez? No. Así que la silla LCT, L, 113, se queda

vacía, garciamarquianamente *empty*. Que lo lloren y celebren sus deudos.

Tiempos esos. José y Darío. Gustavo Quintero. Los Graduados. Luis Gabriel. Yolanda. Elia y Elizabeth. Colombia: *ésta es tu música*. El tocadiscos se niega a seguir animando fiestas de críos así que cada uno se va para su cuna, no vaya a ser que los teteros se enfríen. Madres, todas, vivas. Padres, atentos, cuidan la virginidad de sus hijas que bailan ahora con nosotros —niños que adolecemos de originalidad, perdidos entre la vida púber y la edad adulta— al ritmo de Joe Tex, Barry White y Andrea True Connection, perdidos entre manos que saltan, pies que abrazan, caderas, caricias, cabelleras, cuellos, cejas, bocas que susurran: mi corazón está a punto de estallar en mi bragueta, ¿el tuyo dónde está?

Tiempos idos. Vicky ríe. Lleva aquí menos de treinta minutos y ya ha bebido por todos estos veinticuatro años sin vernos.

—No tomes más, sentencia Benja.

—Déjala, arriesgo yo.

No está muy claro nada. El parlante más cercano distorsiona la voz que nos cae del cielo del árbol. Ni una víscera más para la mesa de tres patas.

Ahora no es tiempo. No tengo tiempo. Tiempo que no nos veíamos. Hace buen tiempo. Aguantar un tiempo hasta el próximo encuentro. Tiempo. Escribe Patricia Rizzo a Luis F. Benedit, artista argentino invitado al Festival de Arte de Medellín de 1997: “espero que no te secuestren ni ninguna de esas cosas que pasan por esa zona. Repartí el dinero que dejaste. Ninguna otra novedad. Nicolás intentó devolver el video que le dejaste pero adentro estaba *Benedit en el Bellas Artes*. Quiso devolver la caja sola y no se la aceptaron. Luego fui yo y no me aceptaron la película sola. Finalmente hoy miércoles reunimos las cosas y se devolvieron (pagando un poco de multa). Ya hablé con la Sra. Dompé. Tendrías que pintar con Amalita en julio, día a combinar. Carlos de la Burbolla mandó fax reclamando tu presencia

en el *paddle*. Le dejé razón de que estabas viajando”. Besos. Tiempo. Beso la mano yerta de la artista norteamericana Coco Fusco. A las 10:45 p.m. del 4 de junio del mismo año, algunos periodistas de la ciudad le dejan la siguiente nota en la recepción del Hotel Portales del Campestre: “expresan descontento con su comportamiento, dejó de desear lo mejor. Su obra *Mientras muerta mucho mejor* que así es, puesto que cuando está parada hace desastres”.

Se acaba el tiempo. Tiempo. Medellín, diciembre de 1989. “Apreciado periodista: el movimiento 19 de abril, M-19, te invita afectuosamente a disfrutar del gran Acto Cultural que hemos denominado Eme Aquí Concierto Con la Paz, este viernes 15 a las 3 p.m. en la Plazoleta Cívica de la Alpujarra. Contamos con tu presencia para que reivindicemos juntos la alegría de vivir, la fraternidad navideña y nuestra vocación de paz. Cordialmente, Gloria Quiceno Acevedo, vocera M-19”. Tiempo. 27 de Octubre de 1994. Casa de las Américas, La Habana. “Carlos: me dio mucha alegría recibir tu nota pues es agradable y lindo que a una la recuerden. Le doy un gran valor a la amistad y gracias a ella aun estoy *resistiendo*”. María del Carmen Chibás. Calle 18 No. 212, Apto 113, entre 15 y 17, Vedado. “Si alguna vez deseas escribirme utiliza a personas que viajen, pues el correo demora inevitablemente y además no es seguro. Aquí a la Casa de las A. no me escribas pues leen las cartas, etc. etc.”.

–Vicky, no tomes más.

–...

–Vicky, nos vamos.

–Déjala...

Época durante la cual vive alguien o sucede algo. Tiempo. Tarde llegamos ella y yo a la exposición. Ya las puertas del coctel de inauguración están cerradas. Ah, si tan sólo hubiera obedecido a los dictados de la metáfora. Por un momento lo pensé. Ignorarla. Dejar todo pendiente, concentrarme en la última copa de vino blanco de caja, que atraviesa el gran salón roído del Museo de Arte Moderno

de Cali. Pero no, detengo mis ojos ante sus pies. Pies que adoraría en vida y que ahora muerto se me antojan “un bigote y una barba, más o menos efímeros”. Voy, ella va, vamos a su casa ante la negativa de la puerta principal de La Tertulia de abrirse a pesar de mis golpes, patadas, gritos. Discutimos con santos y sabios insondables cuestiones de arte. Me duermo en el sillón y aunque trato, en sueños, de salir de ahí, es imposible. Ninguna llave mía parece ajustarse a su violada cerradura. No tiene oídos para mí, así que cierro la ventana con todas mis fuerzas. Ella dice. No escucho nada. Incapaz de huir de ahí, entro a su cuarto, el que está junto al lavadero. Trato de despertarla, de decirle: oiga, Su Merced, quiero irme, *é tarde, ja vou indo preciso ir embora*. Ella, Mercedes, mi novia, duerme acompañada y quizá ahora sí es feliz. Tengo la intención de levantarla, levantarlos. Lo único que se mueve es su pie sin cobija. Las cinco y media de la mañana escupen su luz sobre el pie transparente.

¿Qué tenemos los desconocidos conocidos para decirnos? Nada. Pasamos la infancia y adolescencia sentados en un pupitre, uno al lado del otro, y sin embargo el reencuentro casual arroja más silencio que alegría. Bebamos. ¿Nos tomaremos fotos? Ya estamos muy viejos para eso. ¿Intercambiaremos tarjetas personales? Yo soy apenas diferente del mono. Yo no tengo tarjetas personales.

Benja conduce el automóvil de Victoria camino a mi casa. Yo no tengo auto. Yo nunca aprendí a manejar. Yo no me casé. Yo nunca me fui de casa.

–¿Todavía vives allí?

–Sí.

–¿Con tu papá y tu mamá?

–Sí, no. *Mummy* murió. *Daddy* vive. Yo, a duras penas, respiro.

Me acuesto en la cama de mi infancia. La casa familiar. Por aquí paso todos los días. Timbra, entonces, la próxima vez. Besos, besos, besos, espero que no los secuestren ni ninguna de esas cosas que pasan por este barrio. Adiós, viejo Benja. No me escribas que mi padre lee

las cartas. Adiós, Vicky. Saludos al santón de Aracataca y a los demás vividores que se ganan la vida imitando a la vida...

Viernes. Sábado. Domingo. ¡Oh, sutil visitante de mi habitación!
¡Espíritu que polvo, tierra, ninguno eres! ¡Soy nada estancada!

Así pasan mis días. Ante cada halago del tiempo, me enfurezco más y más y más.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

ES DIFÍCIL SER SANTO EN LA CIUDAD

El consejo

Empecé a frecuentar a la psicóloga por insinuación de M., la esposa de mi mejor amigo, quien me dijo que como iba no iba a llegar lejos. Vacila, estás vacilando, yo me repetía. Tal vez M. esté en lo cierto. Está.

“Al principio te sentirás muy mal, pero luego ya saldrás a flote”, fueron sus palabras.

El asunto con la psicóloga era el siguiente: yo llegaba muy puntual a la cita, siempre al mediodía, ella se demoraba media hora en atenderme mientras “las malas vibraciones” de la persona que me precedía salían por puertas, sifones y ventanas. Nos saludábamos, estrechábamos las manos, guardábamos silencio durante unos minutos y a la camilla.

Me pasaba, uno a uno, papelitos. Se supone que yo tenía que dejar salir mi voz:

- Nacimiento Sangre/ Agua/ Ya respiro/ Afuera
- Seis meses, un año Sangre/ Rueda por el suelo/ Tropiezo c o n e l mundo/ Hospital de caridad/ Lloro, pataleo/ La cicatriz en la cabeza/ Tiene casi mi misma edad
- Infancia Soy el único niño del barrio/ Que estrena en diciembre/ En casa/ El hombre ya llegó a la luna/ En ninguna otra parte/ Parece haberlo hecho
- Adolescencia ¿La vida es bailar y jugar fútbol?/ Mi hermano apedrea el colegio/ En donde ambos estudiamos/ Empiezo a escribir heridas/ Que el tiempo revela/ La gente muere/ Nace/ Se marcha de sus casas/ La ciudad es un mundo desconocido/ Más allá de mis quince cuabras
- En la obra del escultor Henry Moore, *el tronco de la figura humana aparece frecuentemente agujereado y subdividido de tal manera que, en lugar de un volumen compacto, lo que se ve es una configuración de unidades más estilizadas.* Me perdonará Rudolf Arnheim y su libro *Hacia una psicología del arte*, pero yo, tras cada sesión, me sentía como una piedra.
- El viaje Floto a otra parte/ Todos los lugares son iguales
- La distancia La parla con el hogar se escucha lejana
- Muerte de la madre Una sábana la cubre/ El hombre se sienta/ En el suelo/ A su lado/ Lloro/ Esa noche duerme/ Por primera vez en la vida/ Al lado de su padre
- Muerte del padre Mi padre no ha muerto/ Aun/ Pero ya lo hará/ Como todos los demás

A veces, me quedaba dormido. Si un hombre de 60 pasa dormido un mínimo de 5 años de su vida, yo no era la excepción. Recordar me sentaba mal. Decir la verdad me era absolutamente difícil. Prefería dormir o fingir que estaba tan relajado que ya soñaba con días mejores. Sueño, duermela, vigilia; necesidad de vaciarme de rabias, culpas, fantasmas. En ocasiones, a punto ya de desfallecer, ella me sacaba la promesa de volver a verla.

Hermanos	Distancias íntimas/ Extraños dan vueltas por tu casa/ Nada entienden/ Quienes saben todo de ti
Amigos	Risas/ Silencios/ Y cada uno/ Al final de la noche/ Se va para su cama
El amor	¿A qué horas sale de clase?/ ¿La puedo esperar aquí el resto de mi vida?
El desamor	El hombre empieza a llegar tarde/ Sin razón aparente
Nacimiento del hijo	A la misma hora/ Que su mujer puja/ Él departe en una cafetería/ Con una tía de ella/ El hijo es prematuro/ Deberán esperar unos días/ Antes de que vuelva a nacer
El otro hijo	Habitación sucia/ Mujer sucia/ Semen sucio/ Vagina sucia/ ¡Tuvimos un bebé hermoso!/ Grita esa mujer por el teléfono

Ánima, mi querido Carlos, es un término técnico de la numismática que designa el núcleo básico de una moneda falsificada. La letra ene va después de la letra eme, uno pensaría —me susurraba yo— que es

al revés... *Numismática es la ciencia que trata de monedas y medallas. Núcleo es la parte central de un objeto de densidad distinta a la de la masa. Moneda es un objeto de valor convenido, generalmente un disco metálico acuñado por la autoridad, que sirve de medida común para el precio de las cosas y se emplea para pagos y transacciones comerciales.* Mi salud mental no tiene precio —yo me repetía— pero la certeza de estar tratando con una mujer que hablaba como un diccionario me hacía desconfiar cada día más.

Separación de los

esposos

Llévate lo que quieras/ Dijo él/ Al otro día/ Sólo la luz de la mañana/ Llenaba la sala/ En donde yacía/ El único asiento/ En donde él se sentó

Separación

de los amantes

Pateo la puerta/ Que ya no se abrirá

La soledad

El descubrimiento de mi soledad significó una de las mayores revoluciones en la historia de la humanidad y trajo importantes consecuencias. Mencionaré una: partiendo de los estudios del viejo Ptolomeo, el creador de la concepción geocéntrica del universo, Copérnico —escribe Dietrich Schwanitz en *La cultura: todo lo que hay que saber*— llegó a la conclusión de que los movimientos de los planetas podían explicarse mejor si se supone que es la Tierra la que gira alrededor del Sol, y no al revés. Esta teoría es tan atrevida que Copérnico sólo se la comunicó a iniciados en la materia y, efectivamente, cuando sus contemporáneos lo escuchaban, *movían la cabeza en señal de desaprobación, pues la idea les parecía absurda y contraria a la evidencia.*

La vida actual

La psicóloga se levanta de la silla. Ha sonado el teléfono. El hombre se incorpora. Contempla numerosos diplomas pegados con babas en la pared. Como ella ha insistido en que él debe permanecer en ropa interior durante la cita, yo voy al baño a vestirme. Siente, otra vez, ese sabor en la boca. Ella le ha dado algo para tomar, para sentirse mejor, para ser —por fin— feliz. ¿Suero? ¿Orines? ¿Mierda? Nadie sabe, por lo menos él no lo sabe. Él hombre sale vestido. La psicóloga me espera en la puerta. Está vestida de blanco. El hombre está vestido de azul y negro. Él paga, le da la mano, ella cierra la puerta y yo jamás la vuelvo a ver.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

ASÍ DEJÉ DE BEBER, ASÍ COMENCÉ A FUMAR

Goya y Beethoven fueron contemporáneos. Ambos fueron testigos de un mundo en “radical mutación” (la expresión, por supuesto, no es mía; a mí no me luce tamaño horror). Por mi parte, yo no me siento contemporáneo de nadie. Sí; veo cómo las cosas se hacen trizas a mi alrededor, cómo avanza mi deterioro, pero no pinto ni grito ni hago nada para impedirlo o siquiera registrarlo. Mentiras, sí hay algo: llamar a *my own private* Beethoven; eso es lo que haré.

—¿Vamos a ir o qué?

—¿Qué están dando?

—¿Desde cuándo te importa eso?

—¿Nos vemos en el Rope?

—¿Cerveza o ron?

Cerveza, aguardiente, ron, el whisky más barato y peligroso del mercado; Armando y yo nos emborrachábamos a diario y corríamos a meternos al Teatro San Fernando. 3:30, 6:30, 9:30; daba igual cualquier película: esta, aquella, esa que ya vimos trece veces y que nos trajo buenas nuevas de un detective fetichista y necrofilico que aborrecía las alturas. El hecho es que gritábamos desde el mismo momento en que Mr. Owner apagaba las luces. A veces vomitábamos en las sillas vacías, desvencijadas, raídas —nadie parecía advertirlo— o

en el pasillo central —a menudo mal iluminado— o en el propio baño —hombres, eso sí— tratando de hacer coincidir el chorro de orines con el vértigo del inodoro. Tratando. Es difícil lograr algo en este pueblo...

Sé que la ebriedad —no hablo de alguien alegre, achispado, prendido sino de alguien borracho, llevado, tostado— ayuda muy poco a reconocer los movimientos de actrices y actores salvo cuando se trata de cine danés, sueco, noruego o finlandés: en ese caso, ellas y ellos permanecen sospechosamente detenidos por hora y media, casi mudos, inmóviles en medio de la nieve, la soledad, la lejanía absoluta. La mente ebria ama el vacío, la nada, el todo devenido en cero. La certeza del universo conocido, como le decía yo a Armando, por puras ganas de joder..., ¿certitud? ¿Esa *fucking* mierda existe?, preguntaba él a los once minutos, veinte segundos.

—¿Cuántos John Woo caben en un Ingmar Bergman?

—¿Qué hace el joven Doinel cuando llega al mar?

—¿Cuál set compartieron Mitchum, Winter y Gish?

—¿Cómo se llaman los directores de fotografía de *Hiroshima mon amour*?

Entre nosotros no cabían las respuestas, sólo las dudas y los tragos. Nos emborrachábamos —lo repito una vez más, hay que insistir en ello— viendo porquerías, ocasionalmente una genuina obra de arte: entre tanta basura era apenas justo que se nos atravesara un hueso con carne. Teatro San Fernando de la muy noble Santiago de Cali. Antaño, en los baños de este recinto sagrado, defecaron nuestros héroes de la independencia cinematográfica: Arbeláez, Caicedo, Mayolo y Ospina. Ahora, aquí pasábamos nuestras tardes y noches Armando y yo. Nosotros dos no éramos nadie, no le habíamos ganado a Nadie, éramos nada, la Nada éramos. Dos hombres que bebían y vomitaban. Amistad masculina: la amistad sin senos. Él y yo, hastiados de todo, de todos, menos del cine. Dos hombres que se ahogaban en una piscina vacía hecha para dos millones de

bañistas. Santiago del Calor. Mil metros al nivel del Mal. Noches de mierda en sitios de mierda. Mil metros por debajo de los indios que cultivan y procesan la Hoja. Mil metros por encima de los negros que ayudan a cargar y descargar la Mercancía. A kilómetros de cualquier pensamiento racional...

–Son 907 metros...

–830...

–900, pues...

–1003, me enseñaron en el colegio...

–Pásame la botella, cabrón...

Caprichoso y disparatado como Goya, yo quería tener siempre la última palabra; sordo como Beethoven, Armando ponía fin a nuestras conversaciones cambiando de tema o quedándose callado o yéndose a vomitar. ¿Qué lleva a dos personas a encerrarse dos años en un teatro? ¿La oscuridad matinal & vespertina & noche? ¿Acaso la vida no es bella? ¿El sol no sale para todos? No: de hecho nuestro negro sol vivía oculto tras claras nubes, la vida por fuera de la ficción era horrible y ya habíamos cancelado todo asomo de vida social. Mamá y papá de Armando —hijo único— vivían desde hace décadas en algún punto del mapa de los Estados Unidos de América; de mi lado, nadie sabía a ciencia cierta dónde estaban enterrados mis afectos...

Un día tosió sangre. Que yo supiera, todavía no se había denunciado el primer caso de esa novísima y mortal enfermedad en Santiago de la Caña, cuando yo ya había tosido sangre. Armando ni se dio cuenta, dormía como un extra a quien han llamado de más. Regresé del baño a tiempo para ver sufrir a la inexpresiva estatua de Charlton Heston. Tosí de nuevo, esta vez sin sangre, blanda baba blanca. La enfermedad me emparentaría, en cuestión de meses, con escritores, pintores, fotógrafos, directores de cine, músicos, curadores, bailarines, coreógrafos, actrices, cantantes; gente muy importante e inteligente. Uno de mis ojos, dormido, comenzó a hormiguar y a animarse pero no era mucho lo que había que ver cuando la cinta ya la habías visto antes.

—¿Estás pensando en tu perra extraviada?

—No, cerré los ojos porque no quiero ver saltar dobles de la torre de la Misión de San Juan Bautista. No, cerré los ojos porque aun estoy pensando en los pases de perico que se metió Naomi Watts. No, cerré los ojos porque no deseo ver cómo follan en esa sala Halle Berry y Billy Bob Thornton. No, cerré los ojos porque...

Miré de reojo a Armando. Celebré, por un momento, que la bandera de Colombia se hubiera roto en pedazos y que hubiera terminado como retazo en su muñeca, pero odié, por otro lado, que me despertara con ese amargo nombre en la boca, que me sacara a empellones de mi sueño.

—Es el trago, mano. Esta *fucking* mierda que compraste sabe a putamierda.

La Mercancía. El Pase. Dejé de aspirar cocaína. La Botella. Decidí una mañana no volver a beber más; lo poco que quedaba de mi hígado me lo agradeció en el acto. La Sangre. La Enfermedad. Volví a salir a la calle, después de veinticinco meses, doce días, tres horas. La Noche. El Exceso. Mareado, daba vueltas por los nuevos lugares de moda en busca de un poco de acción. Bajaba la ventanilla y dejaba que el aire de la noche recompusiera mi cerúlea palidez (ver *¿Qué es tan divertido acerca de la paz, el amor y el entendimiento?*). La Oscuridad. La Vieja Amiga de la Adolescencia. Me sentaba en los muros a devorar cigarrillos: cajetillas, paquetes, estantes enteros. Tosía, eso me hizo inconfundible en algunos sitios.

—¿Y tu inseparable Armandito? ¿Dónde lo dejaste?

—No sé, Caro, hace rato que no sé nada de él. Estará en cine, supongo...

—¿Y eso que decidiste volver a tus andanzas, querido?

—...

Teatro San Fernando. El Teatro. ¡Vayan a cine, sálvenlo, no dejen

que lo compren los pastores evangélicos! Santiago de la Ceritud. El Culo del Mundo. ¡Indios y negros, regresen a quemar estas haciendas, que ardan los cañaduzales y los apellidos rimbombantes! Francisco Goya. Leo lo que escribió una curadora muy importante e inteligente de mi ciudad: “Goya tuvo que habérselas con el reverso en negro de las convicciones fanáticas de un pueblo sumido en los abismos de su propia barbarie”. (Bueno, algo de esa mierda era cierto, yo vivía en un cagadero). Ludwig van Beethoven. Beethoven viajó un martes hacia Augusta, Maine, Estados Unidos de América, persiguiendo las migajas de pan que esparcía su millonaria familia a su paso. No se despidió de nadie. No hubiera escuchado a nadie. ¡Suerte, amigo, que no se estrelle tu avión..!

Delgado hasta lo inverosímil, sin afeitarse y con unas manos de uñas descoloridas, enciendo otro cigarrillo. ¿Qué horas serán? No veo nada.

Maldita mierda de perro muerto, me vuelvo a quemar...

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

PRIMEROS DÍAS EN LA HABANA SIN FIDEL

I

*A esconderse que ahí viene la basura
A esconderse que ahí viene la basura
Cuando siento la campana por allá
Con el ritmo del sabroso chachachá
Ya se acerca el basurero a llevarse
Lo que no sirve pa' na'*

Orquesta América, *La Basura*

II

Los ingleses viajan alrededor del mundo con una hipótesis y si su hipótesis no se confirma, ¡al diablo con el lugar! Los rusos pueden darse el lujo de rodar y rodar y jamás salir de su país. Los norteamericanos abordan un avión hacia los rincones más ridículos porque sueñan con decir “yo estuve allí, esa es la verdad y aquí está el video”. Los polacos van a España y Portugal porque nadie quiere aprender polaco. Los japoneses se acercan a la línea ecuatorial porque, siendo ellos víctimas, les gusta estar al lado de otras víctimas. Los colom-

bianos van a pasar una semana a El Cairo y escriben un libro. Los cubanos, ahora, pueden salir de su país. Libremente. Quiero decir: hoy, por fin, los cubanos pueden viajar a Miami.

Nuestro avión aterriza en La H. Coincido con una supuesta escritora que ha regresado a su país (“sólo por unos días”) y no para de hablar. A mi lado, yacen un ingeniero estudioso de la teoría de la relatividad y una oficinista sedentaria que se ha animado a levantarse de su escritorio. ¡Es Cuba! *¡It's showtime, folks!* Atrás, un hermoso mancebo griego, fotógrafo de una prestigiosa revista de New York, gasta todos sus rollos disparándole a los rabos de las nubes mientras un líder mormón pide “cordura” a las especies nativas pues ha oído que, tras la caída del régimen, “todo es un relajo”.

–Usted tiene que entenderlos, le digo. Décadas de penuria y ahora, de repente, pueden comprar lo que quieran, pueden ir a donde les plazca, pueden hacer lo que les venga en gana...

–Sí, pero el libertinaje conduce al fin del mundo. Tanta fiesta traerá consecuencias nefastas para los gentiles.

Permítanme presentarme. No, mejor no. El excesivo protagonismo ha arruinado cosechas, reputaciones, coitos. Recojo mi maleta y dejo al hombre hablando con su sombra. 48 grados centígrados, la cosa está que arde. Declaro que tengo conmigo menos de diez mil dólares. Miento, mentira blanca. Bienvenido a La Vana. Salimos de *Mayami* hace un whisky y ya estamos aquí en el rebautizado Aeropuerto Internacional *Hermanos de la Guardia*. Huele a limpio, huele a nuevo, huele a carta enviada desde los países nórdicos y abierta en algún humedal del trópico.

III

Desdicha, angustia, se han marchado nuestros padres, uno tras otro, en menos de un año. Bien muertos. ¿Qué ha ocurrido? Iba siendo hora. Yo en ambos entierros, mis dos amigos de lágrimas vienen hacia mí que estoy plantado en la mitad de mi apartamento que se

desmorona, debemos salir de aquí, lo sentimos mucho, tú sabes que tu padre era *como* mi padre, ese *como* se traduce en un abrazo todavía más fuerte, el saco estrecho, casi nunca lo uso, dejé mis trajes por allá, perdónenme amigos, salgamos que mi cabeza se cae a pedazos. Afuera el aire puro del Parque...

Nos habíamos conocido en el colegio fumando marihuana. Promoción de 1979 del Deutsche Schule: 6a, Alberto; 6b, Rodrigo; 6c, Héctor. Hasta aquí me duró el pudor. Si alguien dice *Jétor* o *Geetor* o *Géctor* o *Jota* o *Jay*, dice mi nombre. ¿A cuál de los dos se le ocurrió bautizarme así? Hijos de gente que se había hecho a sí misma y que, por lo tanto, no le debía nada a nadie, dormíamos los tres en las interminables clases trilingües para despertar en los resquicios del último de los recreos. Ese descanso final era nuestro territorio, ya vendrían años de trabajo: atemorizar a aquel estúpido que se convertirá en gerente de una multinacional (destino), magrear a este otro que sufrirá de epilepsia y será gobernador (remordimiento y eterna culpa), golpear a aquella que devendrá en destituida directora del Dagma⁷ (suprimir el deseo carnal por medio de la violencia), sonreírle a la de más allá que morirá al cruzar la calle (mala suerte), pedir dinero prestado para comprar refrescos dulces que ya desaparecieron pero que antaño eran nuestro único tema de conversación: *Kolkana*, *Fanta*, *Hipinto*, *Castalia*, *Spur*, *Wink*, ¿me entiendes, Méndez, o te lo repito, Federico?, *dános tu sandwich de cordero degollado por culpa de tus padres que jamás supieron lo que significaba resistir al Führer y a sus alegres muchachos; cobarde hijo de cobardes, ni siquiera eres alemán, ¡vergüenza para la raza de Goethe!*; sandeces así, disparates, estupideces de quienes no sabíamos nada de Historia o Geografía o Física o Química ni nos interesaba la Biología o los Deportes o las

⁷ ¡Oh, Pepita Forero, pongo aquí a prueba el baluarte firme de nuestra vieja amistad! ¡Permíteme fantasear a costa de tu buen nombre y experiencia! Vielen Dank. Gracias. Thank you very much.

Artes o la Religión ni nada de nada salvo fumarnos toda la marihuana de Corinto (Cauca) a la espera de la aparición del rostro de Isabel Muehlbauer...

Todo bien, el dispositivo de la memoria respondiendo.

IV

Nuestra primera noche en La Van A: el espectro de Guillermo Cabrera Infante es entrevistado por el espectro de Susan Sontag, cambio de canal; Bugs Bunny, cambio de canal; se prevén para mañana precipitaciones leves sobre Cienfuegos, cambio de canal; *Venus*, cambio de canal; un documental sobre cómo el régimen cambió hasta el ecosistema de la isla, cambio de canal; modelitos cubanas, axilas pulcramente afeitadas, bailan al ritmo de guarachas, cambio de canal; *Ocurrió así*, cambio de canal; *Betty la fea*, cambio de canal; *el antiguo número dos*, Raúl Castro, el *dragón de bolsillo sulfuroso y criminal a la entrada de la cueva*, es puesto de patitas en un avión de la DEA, cambio de canal; Mercedes Crusellas de Luis Santeiros, nieta del más poderoso magnate de la industria jabonera cubana, Ramón Crusellas, entra en su residencia, la famosa casa de protocolo número 6 que hasta la semana antepasada ocupara un conocido escritor colombiano, cambio de canal; la bahía resplandece, interminable show de juegos pirotécnicos, cortesía de la nueva impresora Selphy CP500 de Canon, impresión directa, tu laboratorio fotográfico al instante, *hacer fotos en una fiesta es aún más divertido*.

Andando.

V

¿Qué éramos? ¿En quiénes nos habíamos convertido? Cada uno era un *auténtico profesional*. Ni qué decir: universidades privadas. El bendito *exterior* que, en colombiano, se traduce en el sur de los E.E.U.U, nunca Francia, ¿por qué no Alemania, Germany, Deuts-

chland, si por nuestras venas corría el más puro espíritu germánico? Vaya usted a saber, tal vez porque Disneylandia está a tres horas y uno llega con el traje íntegro, sin arrugas, el perfume todavía oliendo. La clase dirigente se forma afuera y luego derrama su saber sobre esta tierra. Así de simple. Economista, Alberto; ingeniero industrial, Rodrigo; yo, médico; miembros todos de la pujante dirigencia vallecaucana que, desde el estado de Florida, había sostenido durante tres períodos consecutivos al mismo gobernador por el sólo hecho de haber nacido en Guadalajara de Buga. Libertad dentro del más estricto orden, nuestro departamento había encontrado su propio modelo de desarrollo sin injerencias, sin ideologías, sin otro empuje que la *idiosincrasia*. Por obvias razones, compartíamos intereses, seguíamos compartiendo intereses. ¿Quién iba a creer que los tres muchachos que se burlaban del profesor Heliodoro López cuando mencionaba a John Maynard Keynes iban a terminar sus días honrando al dólar como si fuera padre y madre?

VI

Doctores

Alberto Despentes, Rodrigo Quevedo y Héctor Fuentes

South Beach

Miami

Distinguidos amigos:

Me place mucho informarles que han sido escogidos por mi despacho con el fin de integrar la primera delegación vallecaucana que viajará a la República de Cuba con el propósito de estrechar lazos con el nuevo gobierno, legalmente y democráticamente constituido. El itinerario cubrirá las ciudades de L. H. (tres días) y Santiago de Cuba (medio día).

Desde siempre, Santiago de Cali y Santiago de Cuba han sido ciudades hermanas. Confío plenamente en el éxito de su misión al frente del sector bancario, la industria textil y la industria farmacéutica regional, respectivamente. Les ruego confirmar, cuanto antes, su interés por hacer parte de este viaje.

Reciban mi más cordial saludo,

Filiberto Cárdenas Soto

Gobernador del Departamento del Valle del Río Cauca⁸

VII

La Hache, al frente. La Revolución ahora se escribe en minúsculas y en cursiva, *revolución*, pues el comunismo ha sido barrido por el viento de la historia. Fidel, el dictador de dedos delicados (diríase *femeninos*), ha huido a Rusia. Otros dicen que ingirió cianuro, que huyó a nado, que se tragó su tubo inhalador nasal, que escapó en una balsa cantando “a remar, a remar, que la Virgen de Regla me va a acompañar” (ni la Virgen de la Caridad del Cobre ni The U.S. Coast Guard han reportado novedades en sus radares), que está vivo en el

⁸Brothers: Por lo que me cuenta Arias, están hechos unos locos en Miami, eso es bueno pues así ganan bastante dinerito y la vaina sigue creciendo. De estos lares neoafricanos (recuerden que aquí no había negros y que hubo que traerlos a la brava) les puedo decir que con más trabajo que antes, pero muy aburrido, esperando que llegue el día 2 de febrero para unirme a ustedes. Es decir, me voy a dar un salto por allá. El asunto es que Cuba nos necesita y nosotros la necesitamos. Allá está el futuro como antes estaba el pasado. Así de simple. Yo aquí me he inventado aquello de Santiago de Cuba y Santiago de Cali, ciudades hermanas. Meada de la risa. Esto va para Despentés: espero que tu método te vuelva a dar resultado y la vuelvas a preñar como querías. Si no te da resultado te puedo mandar una cama inclinada. Bueno, los dejo pues quiero que Pineda alcance a llevarles esta carta. Los recuerda y envidia, Filiberto.

Congo, que cogió monte en dirección a la Sierra Maestra; el hecho es que nadie ha visto su cadáver; no importa, el hombre hace años estaba muerto.

La resistencia que ofrecen los célebres Comités para la Defensa de la Revolución, contrario a lo que se creía, es leve. Escaramuzas que apenas nos despiertan en el vigésimo piso del Hotel Cuba Libre⁹.

—*Yo no nací para que mi obra reflejara la hostilidad del mundo y la trivialidad de la vida, no; yo nací para cantar la libertad de tener algo*, declara la escritora del avión en el periódico Patria Nueva.

—¿Es importante esta mujer?, le pregunto a la vendedora de diarios y revistas.

—Son dos dólares.

La historia no absuelve. La historia se repite. Imagínate que hasta Celia le cantó a Fidel en 1959. Hasta pena me da. La historia es una red tejida por una araña que no vemos. La revolución no avanza. Una revolución jamás avanza. *Fidel Castro and his rebel Army stopping along the roadside on their march into Havana (1959)*. Una revolución siempre retrocede. De hecho, en la foto de Burt Glinn, Fidel y sus guerrilleros no quieren dar un paso adelante. ¿Ni un paso atrás? ¡Chico, si aquí todo el mundo salió corriendo!

VIII

Rumbo al nuevo Palacio de Gobierno (donde se leía U.S. Interests Section, Havana, calzada between L & M Streets, Vedado, debe leerse nuevo Palacio de Gobierno), trajes impecables (incluso el mío), autos de lujo (impresionante dispositivo de seguridad que será cambiado

⁹ Okay, cosas pasan: pequeñas emboscadas, hostigamientos; un gringo, un técnico de Nebraska, fue secuestrado y degollado luego de ser torturado. ¡Miserables cobardes, el hombre había venido a la isla a ayudar a instalar la Internet!

cada día hasta que la libertad se reestablezca plenamente y el último reducto castrista haya sido aniquilado). Después de los gringos, llegamos nosotros. Hay todavía recelos por parte de la llamada *comunidad internacional*. Allá ellos. Colombia, a diferencia de tanto indiferente, toma partido de lleno por la democracia. Por algo *somos la democracia más antigua de América*, como repite el senador Arias, quien preside la delegación. Donde antes veía una gigantesca imagen del Guerrillero Heroico, ahora aparece un aviso de neón con una frase del presidente encargado, Jorge Más Canosa: “Más que inquietudes políticas, lo que Cuba necesita es trabajar”.

—Sí, Excelentísimo Presidente Más Canosa, estamos con ustedes. Compartimos un mar, una lengua, un sueño, ¿no? Gracias por tenernos en cuenta. Como sabe, los dirigentes colombianos somos expertos en consolidar genealogías de la legitimidad. A lo que vinimos. Las carpetas. Honren su palabra frente al BID, el Banco Mundial y la OEA. Escuchen nuestras ofertas. Colombia le tiende la mano generosa al nuevo gobierno. Bajos intereses, muchos dólares, el peso colombiano se ha estabilizado mucho. Esto hay que levantarlo como sea. La mano firme es garantía de progreso. Traigan gente comprometida con Dios. Llamen al Papa. Díganle que vuelva. Esta vez respirará en libertad. Desarrollo, ya. TLC, ya. Neón, que se vea la inversión. Eso sí, controlen al movimiento obrero y al movimiento estudiantil para no entorpecer las reformas democráticas. Sin bulla pero contrólenlos. Una tuerca aquí, otra allá. Desarticulen la Reforma Agraria. Vigilen los medios. Democracia sí, pero sin anarquía. Hay decenas de reinas presentadoras en Colombia, inviten a unas cuantas. Rían frente a las cámaras, que no se note el cansancio de la celebración. No se precipiten a convocar elecciones, el pueblo de Cuba es *demasiado joven* para asimilar el paso que ha dado. La mujer debe volver a su histórico papel, espiritual y decorativo. Congelen los salarios, que los *junior executives* inicien, cuanto antes, el reemplazo de los *héroes del trabajo socialista*.

¿Y en cuanto a las ejecuciones de los funcionarios del antiguo régimen?

—Nada de eso. Desacreditenlos sexualmente. ¿No era verdad que todas las casas estaban sembradas de los dichosos micrófonos? ¿Dónde están esas películas que refrigeraban? Publiquen todo lo que tienen. Que el mundo entero se entere que aquí mandaba un grupo de maricones y lesbianas: desde José Lezama Lima hasta René Portocarrero pasando por Nicolás Guillén, Raúl Rivero Castañeda, Cintio Vitier, Alejo Carpentier, Senel Paz, César López Núñez, Leonardo Padura, Pedro Juan Gutiérrez, Pablo Milanés y Silvio Rodríguez (que se vayan a pisar las calles de Santiago, nuevamente), Reinaldo Arenas, Zoé Valdés (no, chico, esos dos no, ellos eran de *los nuestros*, de los *de afuera*; eran *nuestros maricones y lesbianas*); bueno, sigamos, Támara Burke, Mirta Rodríguez Calderón, Ángela Soto, Marta Rojas; toda esa escoria tendrá su merecido...

IX

El cardenal Luis Fernando Celina encabeza la primera misa en la recién inaugurada Gran Iglesia del Habano Restaurado. Abran las puertas, caballeros. Que entre la gente. Que se vea, por televisión, el fervor del pueblo cubano.

Cuba, antes de la *revolución*. Cuba, cabaret de América. Esa es la patria mítica a la que hay que volver. Alegría, que la gente sonría y gaste. Que Emilito Estafa escriba un himno, que Gloria lo cante. Ojo: nada de reminiscencias a las noches de Fulgencio Batista, el antiguo sargento taquígrafo ascendido a coronel durante una de las tantas guerras. El ambiente debe ser de fiesta presente, no de nostalgia.

Saltando misas, reuniones oficiales, discursos, canciones de la Sonora Matancera, yendo de aquí para allá y de allá para acá, vemos desfilar un espectáculo histórico. Como si se tratara de una versión tropical de la carátula del *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band*,

aparecen en la televisión las divas y los divos de turno: La Estrella (en primerísimo plano), Vítor Perla, Cuba Venegas, el colectivo El Chowcito, camareros, cantineros, fotógrafos, rumberas, animadores, cronistas, cajeros, guitarristas, actores, travestis, actores–travestis (que no es lo mismo), Sal Dalí, Bola de Grasa, Luis Posada Carriles, Willy Cretino, Melodía Boom de Barbarie, Cristina, Albita y Reutilio, Eva María Mariam, ¡Fito! ¿qué tú haces por La Habana?, bares, cafés, revistas, calles y barrios de esta ciudad irrepetible, canciones, ritmos, todo y todos a una, mezclados, entremezclados, entropiados; el propio, único e inolvidable Cubaret en plena acción.

Cuba, después de esta verdadera REVOLUCIÓN: libertad absoluta para hacer lo que le venga en gana al pueblo cubano. ¿Cuántos días llevamos enrumbados? ¿Y el viaje a Santiago de Cuba? ¿Qué ha dicho el senador Arias? ¿Y el representante Pinedo? ¿Alguien los ha visto? ¿Y el gobernador ha llamado? ¿Qué se hicieron mis hermanos de lágrimas? ¿Do quedaron Despertés y Quevedo? ¿Se los llevó, también, el río de gente? Sí; nos perdimos de vista en la confusión de una ciudad extranjera que sentíamos como propia (vivíamos a 90 millas) en donde el lenguaje era extraño y las nuevas autoridades, si bien amables, eran un tanto hostiles. ¡La democracia no se instaura en una semana, señores! ¿Culpa mía? ¿De ellos? ¿Destino manifiesto? ¿Mea Cuba?

El eterno desfile, la larga marcha. Ya no sé si vi pasar a esta misma gente. Me olvido de todo, de mi nombre, de mi sexo. De nuevo el pudor, el narrador anónimo, uno más entre la multitud, perdido. ¿Una fiesta así? Ni en la Calle Ocho, por mi madre que está en el cielo. Oídos, oídos, oídos pido para poder recordar todas las voces, nombres y gritos; colores, colores, colores para poder pintar a los sonámbulos de una Vana que entierra la noche y se esconde en un hotel de la playa, como hacen Rine y Códac con Irenita y una amiga al final de *Pancho Céspedes cantaba boleros*. Despojado de mi condición original de miembro de una delegación que representa los intereses de la industria farmacéutica, ahora me doy a la tarea de repetir cada

voz, cada nombre, de recordar cada idea, cada rostro, cada gesto, cada canción, cada beso, cada película, cada giro lingüístico que se reinventa a sí mismo; un cabaret se torna en otro muy distinto (pero igual) por obra y gracia del febril lenguaje *amanecido*: *La Zorra* deviene, sin mayores traumatismos y para solaz de los fabulistas, en *El Cuervo*, *La Gruta en Marakas*, *El Pigal en Pigalle*, *Las Vegas en El Escondite*, etc. La Estrella, la vulgar Estrella Rodríguez es, puede ser *cualquiera*, cualquier cosa: criada, cocinera, cantante, mulata gorda, elefante que baila ballet, hipopótamo en punta, ballena negra que huye de su capitancito ridículo y se pierde en la corriente, vieja que se enfrenta 68 días consecutivos al golfo nocturno y no consigue ni siquiera un pescado en ese mar maloliente.

¿Qué digo? ¿Qué repito enloquecido? Cosas que ni yo mismo entiendo. ¿Qué dice ese loco? ¿Qué repite enloquecido? Que él ya había visto morir este país. Incluso menciona día, fecha y hora: lunes, 29 de mayo de 1989, 10:30 de la mañana. ¿Y porqué llevan amarradas a las momias del Buena Vida Social Club? Por eso mismo, coño, por haber comido carne mientras los demás comíamos mierda.

X

Ebrio, *again*, mi celular no funciona, nada eléctrico ni electrónico funciona, sobrecarga sin duda, la felicidad paga su precio. Ah, Vana, otra vez a oscuras, como en los malos tiempos del Período Especial, una mano me recoge en la calle y me conduce a una fiesta, último piso, no funciona el ascensor, a caminar, espléndida vista, la dueña del apartamento me dice ¿y qué coño vas a hacer tú ahora que él se murió?, esa pregunta, en el fondo de mi vaso, sin respuesta por ahora, sin hielo, que llegue la luz, que nos conecten con Arriba, con el Norte, con el Tío Sam si es necesario, trece botellas de Royal Salute en el centro de la mesa, que cada quien coja la suya, puros, cigarrillos, mentolados y negros, durmiendo sueños en abarrotados ceniceros, marihuana, restos de comida en los platos, coctel de camarones, consomé,

lomo a la parrilla, coctel de ostiones, yogurt de búfalas mongolas, helados, salmón ahumado, caviar Beluga, lasagnas de cerdo, pollo, res, mixta, vegetariana, a todos se les complace, barras de ensaladas, agua mineral, agua pura, el agua más limpia del Caribe, *lemon pie*, *cheese cake*, *tiramisu*, *brownies*, *almond rice*, *curried chicken*, cuadros de pintores famosos, algunos dedicados, putas a las que les reconozco, de entrada, el acento colombiano están yendo y viniendo de las habitaciones, entrando y saliendo con el *perico* ya partido, yo y la dueña del apartamento estamos de espaldas a la ciudad, a la bahía, al malecón lleno de alcohol y sudor y democracia; oscura pero bella ciudad: nada mal para ser mi tercera o cuarta noche en La Habana.

Entonces vuelvo a escuchar la pregunta, la luz del amanecer entra ya por el balcón, todo se ha derretido, aun así comemos hasta hartarnos, por algo ya somos libres, ahora podemos cantar;

para, chico, para, detén la carreta y la carrera; tantas comas y comidas me han dejado sin aire;

la misma voz grita hacia el vacío, hacia nadie, la nada, todos, ¿y qué coño nos vamos a poner a hacer ahora que El Hombre se nos murió?

XI

Hagan de cuenta que este último párrafo no existe. Ya lo han leído antes. La novelita está por ahí publicada. No es mía aunque yo fui quien la escribió. Claridad total. ¡Doctores Despentés y Quevedo: nos quedamos sin padre en este mundo! Tenemos tarea. Partida antes del sol. Aquí Fuentes, el hijo de Norberto. Carguen los cuerpos fríos de sus respectivos progenitores. Objetivo en la profundidad. Sincronicen los Rolex. Los temibles, los invictos, los únicos regresan a su lugar de origen. Buena tropa, nunca hallaré una mejor. Ahora seremos felices. Andando, el tercer recreo casi termina.

XII

¡Arriba, muchachos!

¿Quién inventó esa cosa loca?

¿Quién inventó esa cosa loca?

Un chaparrito con cara de foca

Beny Moré, *Locas por el mambo*

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

**LO QUE UNA PERSONA NO ESTÁ EN CONDICIONES
DE LLEVARSE PARA OTROS LADOS**

Se ciernen espíritus (a modo de viñetas) tras mi hombro derecho. Fresco en ese hombro. A este propósito: “Tengo el sentimiento de que en la habitación, además de mí, hay otros cuatro”. (Evitar la necesidad de contarse entre ellos).

W. B., Rasgos capitales de la primera impresión de haschisch

Una mañana de jueves, habría transcurrido un mes de la muerte de Camilo, decidí entrar en su habitación —que había permanecido rigurosamente cerrada— con el fin de encontrar alguna razón que pudiera explicar su suicidio. Toda muerte nos deja frecuentemente sin palabras, ésta en particular —Camilo era mi hermano mayor— había sumido a mi familia en un silencio donde no cabían preguntas ni respuestas.

Un lector ideal, joyceano o proletario, no deja de sorprenderse cuando enfrenta decenas de papeles de una historia ejemplar como los que hallé diseminados a lo largo y ancho de su cuarto (revisé con cuidado la cama doble, el colchón, la cortina, la ventana, la biblioteca —libro por libro, página por página—, las fotografías y reproducciones, los discos, las cartas numeradas, los recortes de periódicos y revistas, la ropa, los zapatos, los artículos de aseo personal). Lo que aquí sigue es un cuadro de revelaciones que aflora apenas recubierto por una delgada capa de pintura. Creí por entonces —hablo de 1966 y todavía lo creo— que la llamada narrativa de índole testimonial debía procurar ser lo más fiel posible a la realidad a la que pertenece: Camilo es el símbolo colombiano de aquellos años y aquí están sus aciertos y errores en su propia voz y en las voces de quienes lo amaron y combatieron para que cada cual concluya lo suyo. No busquen, sin embargo, la gratuita correspondencia en cada nombre, situación u objeto. He ahorrado poco, debí cambiar *esto* por *lo otro*. Quizás algún sobreviviente me acuse de traidor: no lo soy, no lo he sido, no lo seré. Debo decir que, con todo, uno que otro apodo de guerra, alguna infidencia familiar, un extraño color en el cielo bogotano han quedado a salvo, al menos por ahora, de la exhibición pública...

Julio César Cortés, amigo de Camilo:

—¿Militante o simpatizante?

El hombre de la puerta que nos recibió a Galo y a mí alcanzó a mostrarme el camino hacia la habitación que congregaría a siete simpatizantes deseosos de adentrarse en arduas reflexiones en torno al devenir de la historia, las sociedades y sus instituciones. Galo era, a la fecha, presidente de la Federación Universitaria Nacional. Yo era su secretario y viejo amigo de Camilo. Desde que él hizo público su deseo de irse para Lovaina, la FUN le organizó una gran despedida.

Marcela Lara, madre de Carlos Villarreal:

¿Puede uno confiar en un grupo armado que se presenta de la siguiente forma: “¡Viva la unidad de los campesinos, obreros, estudiantes, profesionales y gentes honradas, que desean hacer de Colombia una patria digna para los colombianos honestos!”? Demasiados adjetivos calificativos en una sola frase, me parece. Así se lo hice saber a mi hijo.¹⁰

Camilo, carta a nuestra madre:

Darling: por algunos informes de última hora decidí ocultarme durante algún tiempo mientras la situación se clarifica, de acuerdo a lo que hemos hablado. Creo que así estarás más tranquila y yo lo estaré también. Tu situación económica está asegurada para este tiempo y para cualquier imprevisto. Estoy en lugar y compañía seguros. Apenas pueda te escribo. Cuídate mucho, acuérdate que tu valor siempre me ha alentado y que si hago algo por Colombia es, en gran parte, debido a ti. Tienes que estar a la altura de las circunstancias. Te dejo la bendición y mándame la tuya. Te adora, Camilo.

Gladis, hermana de Camilo:

Nuestra familia es así. Por ejemplo, Joaquín, el tatarabuelo, murió fusilado por haberse convertido en cabecilla del gobierno local en 1816. Fue uno de los fundadores de la Patria Boba.

Georges Minois, autor de *Breve historia del diablo*:

¿Qué es exactamente el diablo? ¿Cuál es su sustancia? ¿Tiene un cuerpo? ¿Cómo actúa? ¿Cómo se desplaza? ¿Cuál es su aspecto? ¿Por qué desobedeció?

¹⁰ N. de T.: La proclama en cuestión es el Manifiesto de Simacota y con él se dio a conocer públicamente en el país, el Ejército de Liberación Nacional, ELN. Carlos Villareal y Andrés Sierra eran los seudónimos de Fabio Vásquez Castaño y Víctor Medina.

Miguel, hermano de Camilo:

Camino con Martha, la secretaria de mi padre. A las afueras de la Universidad, un par de obreros desconocidos nos entregan una pala y una escoba para que las devolvamos al Country Club. Martha me acaricia muy suavemente. Primero en la espalda, luego entre las piernas. Le pregunto porqué lo hace. Le muestro cómo me ha dejado. Ella, que nunca me ha dicho nada, me habla de ampliar los horizontes del placer. Profesoras del Liceo Cervantes entran con nosotros al edificio principal del Club pues ahí funciona un servicio psicológico. Pienso en lo que Martha me dirá ahora cuando ganemos la calle. Día y hora precisos se van acomodando en nuestras cabezas. Descendemos por una calle cercana a un puente. A pesar de los vidrios oscuros, vemos a varias personas acostadas en el suelo de un banco. Asalto guerrillero, le digo a Martha. En vez de regresar por donde veníamos y avisar a las autoridades, cruzo la calle. Un policía se da cuenta y me dispara. Logro protegerme. Por segundos: una bala entra en mi brazo izquierdo. Cierro los ojos, escucho cómo el policía se acerca a rematarme. ¿Me habrá tomado por uno de los asaltantes o es mi padre que censura la relación prometida con su secretaria?

Richard Noll citando a Goethe, a propósito de Jung (en lo que a mí me parece que es una referencia a mi hermano):

Con el afán misionero de salvar las almas de sus compañeros humanos destruidos, el caballero se pregunta qué hacer con su idealismo despilfarrado. Al fin comprende que afortunado él, si todavía puede encontrar una mujer o un amigo en quien depositar individualmente lo que estaba destinado a toda la humanidad.

Walter J. Broderick, biógrafo de Camilo:

Así, efectivamente, los hechos lo han demostrado. Ocho años más tarde, cuando ya no figuraban en política la mayoría de aquellos que alguna vez habían sido camilistas, Fabio Vásquez y los hombres del

ELN seguían librando la guerra de liberación. Muchos habían caído en el campo de batalla; varios habían desertado, algunos inclusive se habían pasado al enemigo; y las filas guerrilleras fueron diezmadas una y otra vez por las embestidas del ejército. Pero sobrevivían. Más aún, aumentaban.

Saúl Yurkievich, autor de *Julio Cortázar: mundos y modos*:

La revolución será también erótica, una superación de los dualismos y antagonismos sexuales, una reconquista de la libertad amorosa, una reunificación andrógina de los cuerpos con el universo.

Una fotografía de Camilo en el monte:

Fabio Vásquez Castaño, Víctor Medina y Camilo; enero de 1966.
¡La revolución colombiana es asunto de varones, sí señor!

Luis Sepúlveda Lizarazo, autor del musical *Padre Camilo Superstar*:

Camilo (fingiendo enojo): ¡Pero si tú eres un bandolero analfabeto, según El Tiempo, El Espectador y CNN!

Fabio (sonriente): Sí, “un sangriento antisocial que quiere vengar la muerte de su padre...”

Ambos (a carcajadas mientras limpian sus armas de dotación):
¡Cuánto pesa la muerte de un padre en Colombia!

Marcel Proust, autor de *En busca del tiempo perdido*:

Si me diese siquiera el tiempo suficiente para realizar mi obra, lo primero que haría sería describir en ella a los hombres ocupando un lugar sumamente grande (aunque para ello hubieran de parecer seres monstruosos), comparado con el muy restringido que se les asigna en el espacio, un lugar, por el contrario, prolongado sin límite en el Tiempo, puesto que, como gigantes sumergidos en los años, lindan simultáneamente con épocas tan distantes, entre las cuales vinieron a situarse tantos días.

Pregunta X: ¿Y qué fue de la vida de Peter y Paul, los revolucionarios que estudiaron con vos?

Responde W: Regentan un bar de boleros en Cali coronado por los retratos de Celia Cruz y Olga Guillot. El hijo de Peter vende drogas. La hija de Paul es diseñadora de modas.

En el momento de iniciar esta narración la desgracia de las malas noticias no acababa de salir de casa. Camilo y yo compartimos la habitación por algún tiempo. Hace años. Madre envejeció sin él, todos los hicimos. Todavía lo escucho: *es evidente, tú no lo comprendes, no lo comprendes en lo más mínimo*. Su voz era única, en el púlpito encantaba. ¿Qué habrá pensado cuando se iniciaron los combates y su columna lo abandonó? Calzaba 39. *El amor de Dios es el más tramposo que existe*, repetía. Era extraño oír a un cura hablar así. Cantaba, le gustaba cantar. Sólo una parte de él murió con él. Habladurías. Fabio huyó hacia una isla con el dinero de la organización. A Manuel, su hermano, quizás el compañero del ELN con mayor formación política, lo mataron. A Olaya Herrera lo mataron. A Uribe Uribe. A Gaitán lo mataron. A su eminencia Luis Concha Córdoba lo mataron. ¡Larga vida a las FARC–EP! Al dictador Laureano Gómez lo mataron. Al general Álvaro Valencia Tovar lo mataron. A Jaime Arenas lo mataron. A Pardo Leal. A Pardo Buelvas. A Edgar Mejía Vargas. A Luis Carlos Galán. A Antonio Escobar Bravo. A Pablo Escobar Gaviria. A José Mejía Toro. A Carlos, Hernandito y Eduardo Pizarro Leongómez. A Juan David, Jorge Luis y Fabio Ochoa Vásquez los mataron. A Adelaida, Edgardo y Héctor Fabio Abadía Rey. En este país todo queda en familia. *Pekín informa, Radio Moscú, Radio Praga Internacional, Radio Venceremos, Radio Habana Cuba, China reconstruye*. A la bióloga Nelly Vivas. A Tirofijo lo mataron siete veces. A Jacobo Arenas, seis. A Bateman. A Navarro. A Fayad. A Carlos Lleras Restrepo. ¡El voto es miseria y opresión! ¡El Pueblo en el Frente Patriótico de Liberación con el Partido y el Fusil hace la Revolución! ¡Viva el PCC (M–L), FPL, EPL! A Boris. A la Chiqui. A Toledo Plata. Al dictador y general Gustavo Rojas Pinilla, y a su

bufón favorito, Lucio Pabón Núñez, los mataron. A José Fedor Rey o Javier Delgado o El Monstruo de Tacueyó: la misma mierda da. Al padre Manuel Pérez. Al magistrado Alfonso Reyes Echandía. A Efraín González Téllez, el bandido que hizo célebre aquello de “aquí libraron su lucha dos valientes batallones contra un cobarde que se defendió con una escopeta”. A Trotsky: el 24 de mayo de 1940, el pintor David Alfaro Siqueiros y sus cuñados asaltaron la casa de este viejo dirigente bolchevique en México y secuestraron y mataron a su secretario; el 21 de agosto de ese mismo año, Ramón Mercader terminó la faena y le clavó el acero toledano hasta la empuñadura; dos orejas y rabo; el torero salió por la puerta grande de la Plaza de Sangre de Moscú. Al Ché Guevara le cortaron los pies. A Víctor Jara le cortaron las manos. Erich Honecker, líder de la República Democrática Alemana, sí murió de viejo en Santiago de Chile en 1994.

Camilo adoraba escuchar a Billie Holiday. ¿Sabes que era lo que más le gustaba a Camilo de Lovaina? Caminar por las orillas del Dyle. Gerardo Bermúdez Sánchez dudó entre meterse una línea de cocaína o desflorar a un muchacho campesino antes de ser abatido en el barrio de Los Acostados, estratos uno y dos. Pedro León Arboleda se tragó las obras completas de Enver Hoxha y Kim Il Sung antes de caer muerto en el barrio Vipasa, estratos tres y cuatro. Iván Marino Ospina se orinó y cagó en los pantalones antes de que un militar le destrozara la testa en el barrio Los Cristales, estratos cinco y seis. ¡El M19 no se rinde! Los hermanos Calvo. Los hermanos Martínez. Vera Grabe. Los hermanos Vásquez Castaño. Los hermanos Castaño Gil. Gloria Lara. Las hermanitas Calle. Los hermanos Rodríguez Orejuela. Ingrid Betancur. Habladurías. Mi hermano se pegó un tiro al verse rodeado. Un hombre que ha abrazado la causa del amor y la justicia es incapaz de matar aunque empuñe un fusil, el único acto de violencia del que es capaz es hacerse daño a sí mismo. ¡Santo milagro! ¡Redención para el redentor! El guerrillero se desplomó frente a un batallón de valientes soldados colombianos que luego acomodaron el

cadáver para que pareciera dado de baja, muerto en combate, caído en la lucha por la liberación nacional. Ejército nacional: modelo de virtudes (que lo diga Claudia Schiffer que posó, muy firme y muy maja, junto a seis *hijos de la patria*). Moscas.

Novena fotografía del cadáver de Camilo:

Con los brazos en cruz y el rostro caído sobre el pecho.

Otras eminencias, los hermanos Gómez Hurtado, hablaron por la radio local, regional, nacional e internacional:

Es de pensar que, por las muchas dificultades que tuvo en la vida de hogar y en su vida social, Camilo P. haya llegado a experimentar un desequilibrio mental que lo condujo al fracaso, pero esperamos que Nuestro Señor, en su infinita bondad, le haya perdonado sus errores y por su misericordia salve su alma...

Un perro, en una casa vecina, ladró cerca de diez minutos. Después calló. Apagué un cigarrillo. Había estrellas en la recién parida noche bogotana. Tomé agua. Salí a la calle. Caminé. Delante de mí se extendía una ciudad en verano. A lo lejos, podía escuchar los cuarteles y clubes sociales que bullían de emoción. Por encima de los bosques de los cerros navegaban tranquilas nubes.

Y los muertos, los muertos, los muertos.

No se vayan a casa, todavía queda una banda por actuar...

Howlin' Pelle Almqvist de los *Hives* presentando a los *Rolling Stones*, Copenhague, 2004.

CARLOS PATIÑO MILLÁN

Periodista egresado de la Universidad de Antioquia. Especialista en Prácticas Audiovisuales y candidato a Magíster en Literaturas Colombiana y Latinoamericana de la Universidad del Valle. Actualmente director de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad del Valle. Ha publicado *Canciones de los días líquidos*, 1992; *Tocando las puertas del cielo*, 1996; *El jardín de los niños muertos*, 1998; *La tierra vista desde la luna*, 1999; *Más canciones sobre amor, odio y perros*, 2000; *El día en que le volé un dedo a David Gilmour*, 2001 y *Estaba en llamas cuando me acosté*, 2002. Obtuvo mención de honor en el I Concurso de Cuento de la Universidad de Antioquia en 1988; Primer premio, III Concurso de Cuento, Secretaría de Educación, Cultura y Recreación, Medellín, 1990; Segundo premio, I Concurso de Poesía, Secretaría de Educación, Cultura y Recreación, Medellín, 1990; Primer premio, Concurso Nacional de Cuento Fernando González, 1994; Finalista, Premio Nacional de Poesía de Colcultura, 1994; Primer premio, Concurso de Poesía Jorge Isaacs, Cali, 1998; Mención de honor, Premio Alfonso Bonilla Aragón, categoría televisión, 2000 y Primer premio, Concurso Nacional de Poesía José Manuel Arango, 2004. Textos suyos han aparecido en la *Antología de la Poesía Colombiana* del Ministerio de Cultura de Colombia, *Antología del Magazin Dominical* de *El Espectador*, *Antología de la Nueva Poesía Colombiana* de Arango Editores, suplementos *Dominical* y *Generación* de *El Colombiano*, suplemento Imaginario de *El Mundo*, y en las revistas *Gaceta* de Colcultura, Universidad de Antioquia, *Deshora*, *El Malpensante*, *Poesía*, *Punto Seguido*, *Prometeo*, *Golpe de Dados*, *Interregno*, *Deriva*, *Kinetoscopio*, *Lingüística y Literatura*, *Misterio Eleusino*, *Entreartes* y *Anagramas*



Universidad
del Valle

Programa ditorial

Ciudad Universitaria, Meléndez
Cali, Colombia

Teléfonos: (+57) 2 321 2227
321 2100 ext. 7687

<http://programaeditorial.univalle.edu.co>
programa.editorial@correounivalle.edu.co

i S i g u e n o s !



[programaeditorialunivalle](#)